

9285

Set. 7/65

LA BOLA DE NIEVE,

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, N. 4.
1865.

1872

L47 - 5496

LA BOLA DE NIEVE.

DRA. EN TRES ACTOS.

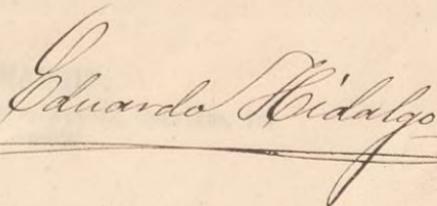
LA BOLA DE NIEVE,

DRAMA EN TRES ACTOS.

ESTRENADO Á BENEFICIO DEL PRIMER ACTOR DON JOAQUIN ARJONA

EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE DE MADRID,

Á 16 DE MAYO DE 1856.



Eduardo Hidalgo

LA BOLA DE NIEVE

La propiedad de esta obra pertenece á su autor quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todas las poblaciones del reino.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

EN EL REGISTRO DEL PRINCIPAL DE MADRID
A 10 DE MAYO DE 1881

[Faint handwritten signature or text]

55-5

LA BOLA DE NIEVE,

Doña Teodora Lamadrid CLARA
 Doña María Romera MARIA
 Doña Juana Campes LA MANCHA
 Doña Juana Ocasio JUANA
 Don Juan de los Rios JUAN
 Don Victorino Tamayo VICTORINO
 Don Fernando Ocasio PEDRO

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

PERSONAJES.

ACTORES.

CLARA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
MARIA.....	DOÑA MARIA RODRIGUEZ.
LA MARQUESA.....	DOÑA LORENZA CAMPOS.
JUANA.....	DOÑA CRISTINA OSSORIO.
FERNANDO.....	DON JOAQUIN ARJONA.
LUIS.....	DON JULIAN ROMEA.
ANTONIO.....	DON VICTORINO TAMAYO.
PEDRO.....	DON FERNANDO OSSORIO.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE DON RODRIGUEZ, CAYUANO, 14.
1862.

Pepa y Andrés queridísimos: Al colocar vuestros nombres al frente de esta obra, doy una prueba, aunque pequeña, del grande amor que os tiene mi corazón, porque sois mis hermanos y porque sois buenos. Recibidla pidiendo á Dios por el eterno descanso de nuestra virtuosa madre.

Manuel.

ACTO PRIMERO.

Comedor decorosamente amueblado en el crmen de la Marquesa.—Mesa grande de comer en el centro. Otra mesa de t a la izquierda con algunos libros encima.—Sillas, etc., etc.—Puerta en el foro y otras dos a cada lado de la escena.

ESCENA PRIMERA.

JUANA y PEDRO.

JUANA aparece poniendo la mesa para el almuerzo: PEDRO, sale poco despues por la puerta del foro con platos, copas, etc., etc.

- JUANA. (Cantando.)
*Cruzando el aire subia
un serafin a los cielos,
y al mirar a España dijo:
no subo, que aquí me quedo.*
- PEDRO. Bendiga el cielo tu boca:
bendiga el cielo tu sal.
- JUANA. Qué fino amaneca el día!
- PEDRO. Si me derrito al mirar
esos ojillos, si vales
mas plata...
- JUANA. Y cuándo te da
por armar camorra?

- PEDRO. Son
los celos pícaro mal.
- JUANA. Pues deja para los amos
tan graciosa enfermedad,
que á tí maldita la falta
que te hace.
- PEDRO. Es natural
que uno cuide...
- JUANA. Pues si ahora
ni aun tengo con quien hablar,
metida aquí.
- PEDRO. No te gusta
vivir en el cármén?
- JUANA. Cál
Á mí me gusta ver gente.
- PEDRO. Por eso á Granada vas
todos los domingos y
demas fiestas de guardar.
- JUANA. Y qué?...
- PEDRO. Nada.
- JUANA. Pues confia
en tu mujer, y hazte más
favor á tí.
- PEDRO. Ciertamente
que ya no soy un chaval,
pero aun tengo mucho aquel
y mucha gracia...
- JUANA. Es verdad,
monono mio.
- PEDRO. Ay Juanilla
de mis entrañas, qué par!
- JUANA. Pues mira; ya que conóces
tu mérito personal
y mi virtud, no más celos
ó me las has de pagar.
- PEDRO. Cómo se entieñde?...
- JUANA. Lo dicho!
- PEDRO. (En tono de amenaza.)
Tengamos la fiesta en paz.
- JUANA. Qué miedo! (Burlándose.)
- PEDRO. Qué va que coja
un buen garrote?...

- JUANA. Pues ya.
PEDRO. Y sin más ni más te arrimo una paliza?
- JUANA. Cabal.
(Cantando.)
*Debajo de nuestra cama
hay unos zapatos blancos:
ni son tuyos ni son míos;
¿de quién son estos zapatos?*
- PEDRO. (Queriendo interrumpirla mientras canta.)
Vamos, calla... Bien sé yo que mi Juana no es capaz...
Eh, que aun duerme el señorito...
Eh, que á despertarle vas.
Que se despierte: ya es hora.
- JUANA. Cierto: le voy á llamar,
PEDRO. que si no luego me riñe,
y hoy de fijo reñirá;
pero como anoche vino tan tarde, era crueldad quitarle el sueño tan pronto como otros días.
- JUANA. (Concluyendo de poner la mesa.)
Ya está puesta la mesa: por mi cuando les dé la real...
- PEDRO. Sí, ni en dos horas.
- JUANA. Entonces
de ellos la culpa será,
ó de la Pepa, que guisa con mucha solemnidad;
y si la pegan conmigo, como por lo regular sucede, vaya; pues no que no, los sordos me oirán.
Sí, que la chica se muerda la lengua... Y si estoy de más, que lo digan. Á mí nadie me sitia por hambre; y no hay aquí ninguna escritura de por medio; y cada cual es rey en su casa; y mientras

ESCENA IV.

CLARA, y á poco MARIA.

CLARA. Qué bueno que en los bolsillos
(Registrando los de la ropa.)
le encontrase algun papel,
alguna prenda... No; nada:
lo que es en el frac... Á ver
si en el pantalon...

Clarita?

MARIA. (Me pilló. Qué le diré?)

CLARA. No me haces caso: algun dia
te pese, Clara, tal vez ..

MARIA. (Qué gravedad!) Y qué quieres
CLARA. darme con eso á entender?
Explicate.

MARIA. Fuera indigno
de tí tratar con doblez
á quien es casi tu hermana.

CLARA. Fuera mejor darte pié
para que otro sermoneito
me encajes como el de ayer,
como el de todos los dias?...
No es tanta mi candidez.

MARIA. Cuando ha dos años el cielo
con su invencible poder
me privó de aquella madre
que era mi único sosten,
la tuya me dió piadosa
nueva familia. Y aún es
mayor otro beneficio
que á los tuyos deberé
dentro de poco. Tu hermano,
de noble desinterés
dando señal evidente,
conmigo va á contraer
matrimonio. Doble deuda
de gratitud, como ves,
me pesa en el alma. En tanto
que mayor pago no os dé,

admite el afan constante
conque procuro tu bien.
Fernando te quiere.

CLARA.

Si;
como tú á Luis.

MARIA.

Pues á fé
que te quiere mucho entonces.

CLARA.

Mi amor sí que es grande y fiel;
Luis sí que á tí te idolatra;
pero vosotros teneis
un modo de amar tan raro,
que ya, ya.

MARIA.

Cuánta sandez,
Clara mia. Pues qué ¿solo
desconfiar es querer?
Qué logra tu hermamo? Darne,
sin motivo alguno, cien
y cien pesadumbres, como
tú á Fernando. Bien se ve
que una misma sangre corre
por vuestras venas; y á ser
menos constantes nosotros,
pudiera al fin, créeme,
pasaros un chasco. Mira
que parece que quereis
en vez de haceros amar,
haceros aborrecer.

CLARA.

MARIA.

CLARA.

Eso; predica, predica.
Tu madre llama. (Óyese una campanilla.)

Pues ven:
sin duda querrá vestirse,
que es tarde.

(Dirígense ambas hácia la puerta de la izquierda
de primer término.)

ESCENA V.

DICHAS y LUIS,

que sale por la puerta del foro.

LUIS.

CLARA.

¿Á dónde correis?
Mamá está llamando.

MARIA.

Luis...

(Acercándose á él cariñosamente.)

LUIS.

Qué se te ofrece? (Con sequedad.)

MARIA.

Hoy tambien

sopla mal aire?

LUIS.

(Chancitas...)

CLARA.

Vienes?

MARIA,

(Qué podrá tener?)

(Vánse ambas por la puerta antes indicada.)

ESCENA VI.

LUIS.

Válgame el cielo, qué noche!
Y no hay mas; bien lo escuché.
Pero esto ¿qué significa?
No es una ridiculez
dar importancia á tal cosa?
Sin embargo, hacia un mes
lo menos, que yo abrigaba
una duda tan cruel;
y lo de anoche, qué diablos,
por fuerza me ha de escocer.
De la criada ni jota
saqué en limpio. Qué soez,
qué torpe! Y ella, si hay algo,
debe saberlo... Es mujer,
y quizá poniendo á prueba
su vanidad, lograré
que cante de plano, y luego
cargue con ella Luzbel.

ESCENA VH.

LUIS y JUANA.

LUIS,

Eres tú?

JUANA.

Yo, que he venido

por esto.

(Cogiendo la ropa de Fernando.)

LUIS.

Escúchame.

JUANA.

Escucho.

- (Acercándose á Luis.)
LUIS. Sabés que me gustas mucho?
JUANA. Mas le gusto á mi marido.
LUIS. Puedes estar engreida
con tu eleccion.
JUANA. Ya se ve;
para marido, el que dé
menos señales de vida.
Y que el pobre no sosiega
por mí; solo que de pronto
le da por hacer el tonto.
Al fin, lo malo se pega. (Con intencion.)
Y pues! con tal vecindad
le cogió tambien la racha
y tiene celos...
LUIS. Muchacha!
JUANA. Toma, claro, la verdad.
LUIS. Ya basta. (Con enojo.)
JUANA. No se sofoque
por tan poco!...
LUIS. Ah, picaruela!...
(Queriendo darle un abrazo.)
JUANA. (Retirándose bruscamente.)
Eh, que yo no soy vihuela
para que nadie me toque.
LUIS. Vamos; no la echés de huraña.
JUANA. Me gusta! Y la señorita?
LUIS. Ya solo verla me irrita:
bien sabes tú que me engaña.
JUANA. Yo?...
LUIS. Y callándolo has querido
evitarme un desconsuelo,
sin presumir... (Abrazándola.)
ANTONIO. (Presentándose en la puerta del foro.)
Yo me cuelo.
JUANA. Quieto.
PEDRO. Juana. (Dentro.)
JUANA. Mi marido!
(Despréndese de los brazos de Luis y váse por la
puerta del foro, dejando caer al suelo la ropa que
antes habia cogido.)
ANTONIO. Hola!

LUIS.

Animal!

(Empujando violentamente á Pedro, que sale por la puerta de la izquierda de segundo término.)

ESCENA VIII.

ANTONIO y PEDRO.

PEDRO.

(Llevándose las manos á la cabeza.)

Qué empellon!

Por poco me hace caer.

ANTONIO.

(Un abrazo á la mujer, y al marido un coscorron.)

PEDRO.

Podía estarme esperando la ropa.

(Recogiéndola del suelo.)

ANTONIO.

Calla! .. Luis era,

si.

(Dirigiéndose hácia el sitio por donde se marchó Luis.)

PEDRO.

Qué se ofrece?

(Deteniéndole. Deja la ropa sobre un a silla.)

ANTONIO.

Quisiera

ver al punto á don Fernando.

PEDRO.

Iré al momento á pasar recado.

ANTONIO.

Bien.

PEDRO.

(Qué dolor!)

(Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha de primer término.)

ANTONIO.

Anuncia usted al doctor don Antonio de Aguilar.

(Viendo que se detiene.)

PEDRO.

Doctor, eh?... (Yo estoy convulso.)

ANTONIO.

No va usted? (Impacientándose.)

PEDRO.

Ya voy.

(Dirigiéndose de nuevo á la puerta indicada.)

ANTONIO.

Creí... (Siéntase.)

PEDRO.

Señor doctor.

(Después de haberse acercado á Antonio con algun empacho.)

ANTONIO. Aún aquí?
PEDRO. Quiere usted tomarme el pulso?
Contra esa maldita puerta...
ANTONIO. (Pobre hombre!)
PEDRO. Un golpe me he dado.
ANTONIO. Póngase usted, y es probado,
un emplasto de ojo alerta.
PEDRO. Cómo? Ojo qué?...
ANTONIO. Por escrito
daré la receta; pero
anúnciame usted primero.
PEDRO. Aquí sale el señorito.
(Toma la ropa y váse por la puerta del foro.)

ESCENA IX.

ANTONIO y FERNANDO,

que sale por la puerta de la derecha.

ANTONIO. Fernandillo!
(Yendo hácia él y arrojándose en sus brazos.)
FERNANDO. Antonio! (Abrazándole.)
ANTONIO. Así;
aprieta, aprieta.
FERNANDO. Qué tal?
ANTONIO. Ya me ves. Y tú?
FERNANDO. Tal cual.
ANTONIO. Qué gozo!
(Tendiéndole de nuevo los brazos.)
FERNANDO. Siéntate, aquí.
(Siéntanse ambos.)
ANTONIO. Ay, chico, horrendo viaje!
FERNANDO. Y hace mucho que has llegado?
ANTONIO. No mas que lo que he tardado
tan solo en cambiar de traje.
Pensé que aquí te hallaría,
y no me engañó mi anhelo.
FERNANDO. Pasar los veranos suelo
con la marquesa mi tia.
ANTONIO. Juntos por fortuna os hallo.
Y Clara? Y Luis?
FERNANDO. Bueno

- ANTONIO. Oh,
curáralos yo si no
en menos que canta un gallo.
- FERNANDO. Que eres hombre de provecho
sé, y el parabien te doy...
- ANTONIO. Si, amigo mio, ya soy
un doctor hecho y derecho.
Y ya verás cuál me afano,
y que no como ni duermo
por enterrar al enfermo
y hacer enfermar al sano.
Y tú, te diviertes?
- FERNANDO. Si...
- ANTONIO. Lo dices de un modo!
- FERNANDO. Lucho
contra un mal...
- ANTONIO. Me alegre mucho:
prefiero ensayarme en ti.
- FERNANDO. Ensayarte ¡qué imprudencia!
en mí que tu amigo soy?
- ANTONIO. Yo siempre al amigo doy
en todo la preferencia.
Obraré con juicio y calma;
y si no te pongo bueno
antes de un mes...
- FERNANDO. No hay Galeno
que cure males del alma.
Y á curarme no te obligo
porque ya comprenderás...
- ANTONIO. Si el médico está demas,
podrá curarte el amigo.
- FERNANDO. Ya sabes que fué pactada
con Clara há tiempo mi union,
y hoy que sus hechizos son
maravilla de Granada,
la dicha sin par me espera
de poder llamarla esposa.
- ANTONIO. Pues dígame que es la cosa
para afligir á cualquiera.
Ah, Ya caigo! Es en el dia
tan coqueta la mujer,
y hay tanto... Tendrás que hacer

- á algun pollo una sangria?
- FERNANDO. No tal; Clara es virtuosa.
- ANTONIO. Entonces yo no me explico
por qué te quejas.
- FERNANDO. Ay, chico!
- ANTONIO. Vamos, dí.
- FERNANDO. Clara es celosa! (Levantándose.)
- ANTONIO. De eso que te ama se infiere.
- FERNANDO. Me quiere de tal manera,
que ojalá no me quisiera
tanto ¡ay Dios! como me quiere.
- ANTONIO. Perdona, amigo, si toco
(Levantándose tambien.)
la llaga: cuando has notado
que te quiere demasiado,
es que tú la quieres poco.
- FERNANDO. Saben los divinos cielos
que solo por ella vivo.
Lo que yo juzgo excesivo
no es su amor, sino sus celos.
Fuera mi dicha cumplida
sin las rarezas de Clara,
y á costa se las quitara
de la mitad de mi vida.
Pero ¡ay! al mal que padece
no hay remedio, y más se inflama
con mi tierno amor, cual llama
que más con el viento crece.
Presa de fatal delirio,
toda reflexion desdeña;
y en ser infeliz se empeña,
y se goza en mi martirio.
Discurriendo á troche y moche
vive en afan sempiterno;
y esta casa es un infierno
por mañana y tarde y noche.
Cada vez novia distinta
me cuelga: si hoy es Mariana
ó Luisa, ó Concha, mañana
será Matilde ó Jacinta.
No hay locura, no hay exceso
de que yo capaz no sea;
- :

ni hay mujer bonita ó fea
que por mí no pierda el seso.
Y al armarme un embolismo,
tal lo adereza y dispone,
que á veces, Dios me perdone,
me hace dudar de mí mismo.
En continua actividad
todo lo observa, y de todo
saca ella indicio á su modo
de nueva infidelidad.
Cualquier nimiedad irrita
su vil pasion: no me es dado,
sin que haya algun altercado,
ni estrenar una levita.
Cuando mucho se dilata
mi sueño, á mi bella plugo
tratarme bien; si madrugo,
es porque bien no me trata.
Y firme en su empeño loco
de hallar en todo misterio,
no le gusta verme serio,
ni verme alegre tampoco.
Preso en tan estrechos grillos
dejo con santa paciencia
que abra mi correspondencia,
que registre mis bolsillos.
Aquí aguardo, hecho un cartujo,
á que ella quiera salir,
y me saque á relucir
como un objeto de lujo.
Y por miedo á sus enojos
ni hablo ni miro siquiera.
que de esclavitud tan fiera
ni áun están libres los ojos.
Cuando algun respiro obtengo
y suelto algun paso doy,
ella sabe á dónde voy,
dónde estoy, de dónde vengo.
Y nada, en fin, se le escapa,
porque, á la menor sospecha,
por órden suya me acecha
toda una ronda de capa.

Hay para darse al demonio;
es cosa de no poder
respirar, cosa de hacer
un disparate. Ay, Antonio;
cásate con la que sea
más pobre y más gastadora,
más necia y más habladora,
más presumida y más fea;
con una mujer que abrume
á todo hombre á quien se llegue,
con una mujer que juegue,
con una mujer que fume;
con una, en fin, tan odiosa
que espante verla no más,
pero no, nunca, jamás
con una mujer celosa.

ANTONIO. Pues, si aunque púdica y bella
ella es tal que así te oprime,
y así te maltrata, ¿líme,
por qué te casas con ella?

FERNANDO. No ves que así lo reclama
antiguo y solemne pacto;
que si ahora yo me retracto
en riesgo pongo su fama?
Ni hay solo para esta union
una razon de decoro;
me caso, porque la adoro
con todo mi corazon.

ESCENA XI.

DICHOS y LUIS.

LUIS. Señor don Antonio, bravo.

ANTONIO. Luis...

LUIS. Me gusta la cachaza.
Ni te has dignado siquiera
darme aviso...

ANTONIO. Este me estaba
contando cosas y...

FERNANDO. Cierto:
yo le he entretenido.

ANTONIO. Vaya,

- dame los brazos.
- LUIS. No pienses
que así mi enojo desarmas.
- ANTONIO. Eh, ven acá, buena pieza.
(Abrazándole.)
- LUIS. Tú sí que eres linda alhaja.
Y ¿qué diablos te decía
Fernando?
- ANTONIO. Me noticiaba
su próximo casamiento
con tu bellísima hermana.
- LUIS. (Si yo averiguase...)
- ANTONIO. Y tú?
- FERNANDO. Toma; también él se casa.
- ANTONIO. También?
- LUIS. (Según y conforme.)
- ANTONIO. Quién es la niña que alcanza?...
FERNANDO. Una hermosa huerfanita
á mi tía encomendada.
- ANTONIO. Y tiene?...
FERNANDO. Ruin patrimonio,
pero es opulenta en gracias
y en virtud.
- LUIS. (Cuando yo digo!...)
- ANTONIO. Á bien que á Luis no le falta...
Y ¿cuándo, cuándo tendremos
boda?
- FERNANDO. Á un tiempo celebradas
serán las dos, no bien lleguen
las dispensas necesarias
para la mía.
- ANTONIO. Á ver quién
sirve mejor á la patria.
Está visible tu madre?
- LUIS. Sí.
- ANTONIO. Pues voy á saludarla,
y me ausento.
- FERNANDO. Bah!...
- LUIS. Tan pronto?
- ANTONIO. Sí: desde esta madrugada
no ha entrado en mi cuerpo más
que una pócima nefanda

que en el parador dijeron
ser chocolate.

FERNANDO. Y ¿te marchas
por eso?

ANTONIO. Pues digo...

FERNANDO. Á fé
que estás oportuno.

LUIS. Aguarda
y almorzarás con nosotros.

FERNANDO. Mal que te pese.

LUIS. Á la trágala.

ANTONIO. Bien, corriente. Y ¿á qué hora
se acostumbra en esta casa?...

FERNANDO. Temprano.

ANTONIO. Si, cuanto antes,
que yo traigo hambre atrasada.

LUIS. Ves? Ya está puesta la mesa.

ANTONIO. Ya lo veo. Lindas trazas
tiene esta quinta.

FERNANDO. Es un cármén
precioso.

ANTONIO. Mucho me agrada.

Pero ¿no vamos á ver
á tu madre?

LUIS. Vamos. Pasa.

(Empujando á Antonio para que pase primero. Ambos entran por la puerta de la izquierda de segundo término. Cuando Fernando va á entrar también, sale Clara por la puerta del foro y le llama.)

ESCENA XII.

FERNANDO y CLARA.

CLARA. Eh, Fernando.

FERNANDO. Clara mia!

CLARA. Que visita tan pesada!

FERNANDO. Si es Antonio.

CLARA. Antonio?

FERNANDO. El mismo:

ha llegado esta mañana.

CLARA. Ya sabes que no me gustan

los amiguitos.

FERNANDO. Repara...

CLARA. No sirven más que de estorbo.

FERNANDO. Advierte...

CLARA. Son una plaga.

FERNANDO. Bien: no insisto; pero deja
que bese tu mano.

CLARA. Aparta.

FERNANDO. Clara, por piedad!

CLARA. No hay beso.

FERNANDO. (Pues está menos airada
de lo que yo me temía)
Clarita...

CLARA. En balde te cansas.

Si, si; contenta me tienes.

FERNANDO. Volvemos á las andadas?

CLARA. Pues qué cuando tú me olvidas,
cuando inconstante me agravias,
¿yo he de mostrarme contigo,
afable, halagüeña? Nada
de eso. Tus desdenes pago
con desdenes. No es tan blanda
mi condicion.

FERNANDO. Cuán injusta!...

CLARA. Cierto que sí.

FERNANDO. Cuán ingrata!

CLARA. Muy ingrata, mucho

FERNANDO. Dime

de tus enojos la causa.

(Harto la sé.)

CLARA. Bah, no finjas.

Cómo puedes ignorarla?

En dónde se estuvo anoche
su merced hasta las tantas?

FERNANDO. Sosiégate.

CLARA. Á dónde fuiste?

Quiero saberlo: qué tardas
en responder?

FERNANDO. Doña Antonia
me invitó al baile que daba
con motivo...

CLARA. Y fuiste?

- FERNANDO. Hacia
por lo menos tres semanas
que no iba á verla, y creí
deber reparar mi falta.
- CLARA. Y ¿habia muchas señoras
en el baile?
- FERNANDO. Muchas.
- CLARA. Guapas?
- FERNANDO. Guapas.
- CLARA. Y estaba Clotilde?
- FERNANDO. Y Rosa y Cármen, Paca.
- CLARA. Y ¿hablaste con ellas?
- FERNANDO. Sí.
- CLARA. De qué?
- FERNANDO. De modas, de galas,
de teatros.
- CLARA. Nada más?
- FERNANDO. Nada más.
- CLARA. Y te miraban?
- FERNANDO. En tanto que hablé con ellas
no se volvieron de espaldas.
- CLARA. Conque ¿se pasó el ratillo?
- FERNANDO. Así, así.
- CLARA. Y tú que valsas
tan bien, ¿bailarias?
- FERNANDO. Mucho
fatiga en junio la danza:
con todo, bailé una polka.
Yo lo celebro.
- CLARA. Yo lo celebro.
- FERNANDO. Sí? Gracias.
- CLARA. Y allá sin duda estarias...
Qué tiempo?
- FERNANDO. Tres horas largas.
- CLARA. Largas, eh?
- FERNANDO. Largas.
- CLARA. Y luego?
- FERNANDO. El coche me trajo á casa.
- CLARA. Vamos que algo mas habria
por allí.
- FERNANDO. Si, me olvidaba...
Hubo té, dulces, helados,
golosinas...

- CLARA. Calla, calla.
Pues no se burla el infcua
de los males que acibaran
mi vida por culpa suya?
Esto solo nos faltaba.
- FERNANDO. Y qué hacer? Tu locura
no merece sino lástima.
Desecha las torpes dudas
con que á tí misma te agravias;
vence el sentimiento indigno
de que ahora gimes esclava,
y verás entonces, libre
de injusta desconfianza,
que por tí, mi bien, tan solo
de amor mi pecho se abrasa,
que en tí mi ventura cifro,
que eres alma de mi alma.
- CLARA. Falso, hipócrita, embustero.
- FERNANDO. Por vida!
- CLARA. Si no me engañas.
Tú quieres á otra: lo sé.
Te lo conozco en la cara.
- FERNANDO. Ay Dios!
- CLARA. En vano lo niegas.
- FERNANDO. Pero...
- CLARA. No hay pero que valga.
Dí que si: dilo.
- FERNANDO. Pues bien,
si.
- CLARA. Si?
- FERNANDO. Lo que oyes.
- CLARA. No me hagas
rabiarse. Infame! Te gozas
en verme desesperada?
Quieres á otra?
- FERNANDO. Si!
- CLARA. Mentira.
Dí que es mentira.
- FERNANDO. Ya basta.
Déjame en paz.
(Siéntase cerca de la mesa de té, y empieza á ho-
jear un libro.)

- CLARA. (Se ha enfadado...
Y de veras... Quién pensara!...)
Fernando.
- FERNANDO. (Ni en cuatro meses
ha de oír una palabra
de mis labios.)
- CLARA. No querías
besarme la mano! Vaya,
Fernandito... Mira... Escucha...
(Con zalamería.)
- FERNANDO. (No hay más: ya soy hombre al agua.)
- CLARA. Hagamos las paces.
- FERNANDO. No.
- CLARA. Te ofrezco ser una malva:
no tener celos de nadie.
Qué estampa es esa?
(Quitándole el libro.)
- FERNANDO. Repara ..
- CLARA. Pues! Una mujer! Malditos
libros, malditas estampas!
(Tirando el libro que va á caer á los pies de
Luis, que en este momento se presenta en la
puerta de la izquierda de primer término.)
- LUIS. Qué es esto?
- FERNANDO. Que no hay paciencia
para sufrir á tu hermana.
(Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA XIII.

CLARA y LUIS.

- LUIS. Habeis reñido?
- CLARA. Y quizá
para siempre.
- LUIS. Por qué causa?
- CLARA. Por qué?... Porque sí. No hay duda,
Fernando ya no me ama.
En vano quiero á mí misma
engañarme. Son tan claras
las pruebas de su desvío...

- LUIS. Con que eso hay?
CLARA. Eso; y jurara que otra cautiva su pecho.
LUIS. Y yo, necio, que aún dudaba!
CLARA. Cómo! Sabes?...
LUIS. Mucho.
CLARA. Di cuanto sepas.
LUIS. Por desgracia, nada sé de fijo.
CLARA. Pero sospechas?...
LUIS. Sospecho.
CLARA. Ay, habla!
LUIS. Antes deja ..
(Va y se asoma á las puertas.)
CLARA. Qué misterio!
LUIS. La cosa es grave!
CLARA. Me alarmas.
LUIS. Anoche vino Fernando muy tarde.
CLARA. No lo ignoraba.
LUIS. Como están en una misma habitacion nuestras camas ..
CLARA. Noticia fresca.
LUIS. Te advierto que callo si tú no callas.
Como él se durmió en seguida...
CLARA. Bien, y qué?
LUIS. Como yo estaba desvelado...
CLARA. Y eso?
LUIS. Escucha: Fernando sueña en voz alta.
CLARA. Oh! y soñaba con alguna mujer?
LUIS. Sí.
CLARA. Vaya una gracia. Ah péfido! Y qué decia?
No, decir, no dijo nada.
CLARA. Nada?
LUIS. Esto es, dijo sólo,

y no una vez, sino varias,
el nombre de una mujer.

CLARA.

Ya, el de Julia.

LUIS.

No.

CLARA.

El de Juana?

LUIS.

Tampoco.

CLARA.

El de Amparo.

LUIS.

Méncos.

CLARA.

Ya caigo; el de la cuñada
del brigadier.

LUIS.

No.

CLARA.

Quizá

sería el de mi tocaya.

¿Quizá el de aquella señora,
ya machucha, que en Granada
vive cerca de nosotros

y está siempre á la ventana?

Quizá el de aquella viudita
que en el teatro le echaba
los lentes?

LUIS.

Finges, ó estás

muy torpe.

CLARA.

No fué el de Laura

ni el de Cármen, ni el de Lola,

ni el de?... No? Pues ¿á qué aguardas?..

LUIS.

Óyelo al punto.

CLARA.

Dí: cuál?

LUIS.

Yo tenía ya fundadas
sospechas y al cabo...

CLARA.

Mira

que de impaciencia me matas.

LUIS.

El nombre que dijo en sueños...

Vamos, yo estallo de rabia

si lo que me temo sale
verdad.

CLARA.

Oh! Qué nombre? Acaba.

LUIS.

Ay! El nombre de María.

CLARA.

El de María?

LUIS.

Sí, Clara;

el de la mujer que debe

ser mi esposa, el de mi amada

María.

CLARA.

Qué escucho?

LUIS.

Á veces
las apariencias engañan,
y aún dudo...

CLARA.

Pues, necio, ¿todo
no está más claro que el agua?

LUIS.

Eh?

CLARA.

Que Fernando por otra
me olvida, es cosa probada.

LUIS.

Con efecto.

CLARA.

Que María
á tí no te quiere, salta
á los ojos. Tú sin tregua
culpas su desden.

LUIS.

Con harta
razon.

CLARA.

De dia y de noche
él se está metido en casa,
y no es por mí.

LUIS.

Ya te he dicho
que mis recelos no datan
de ayer; pero como soy
propenso á la confianza;
como Fernando es mi primo,
al fin; como no me agrada
pensar mal de nadie...

CLARA.

Ahora
me explico ciertas miradas,
ciertos guiños; ahora entiendo
por qué esta misma mañana
evitó que yo la ropa
de Fernando registrara.
Sin duda temió que hallase
prenda ó papel que sus tramas
pusiese en claro. Y ¿no ves
cómo sin cesar se alaban
el uno al otro? Es lo cierto
que yo tambien sospechaba,
sino que hasta hoy no me habia
dado cuenta...

LUIS.

Ah inícu! Ah falsa!

CLARA.

Ah traidor! Ah!...

- LUIS. Si no fuera
mi primo...
- CLARA. Qué bien nos tratan!
- LUIS. Lo mejor será matarle.
- CLARA. Oh, Luis; matarle!
- LUIS. Ó matarla!
- CLARA. Jesus!
- LUIS. Ó matarme yo.
- CLARA. Por Dios, modera tu saña,
y cálmate, que estas cosas...
SÍ estas cosas...
- LUIS. Piden calma.
- CLARA. Mas ¿qué haremos?
- LUIS. Confundirlos
con las pruebas de su infamia
Y romper con ellos.
- CLARA. Justo.
Y hacerles ver que no falta
quien nos ame.
- LUIS. Yo enamoro
desde hoy mismo... á la criada,
para que la afrenta sea
mayor.
- CLARA. Antes me miraba
Antoñito: la fortuna
nos le trae: si se declara
y mamá consiente en ello,
con él me caso mañana
á más tardar.
- LUIS. Bien pensado:
venguémonos.
- CLARA. Oh, venganza!
Ahora vete.
- LUIS. Por qué?
- CLARA. Á solas
quiero que entre los dos haya
una explicacion.
- LUIS. Pues firme
en él.
- CLARA. Yo le diré cuántas
son cinco.
- LUIS. No hay que ablandar se.

- (Hace que se va y vuelve.)
CLARA. No: descuida.
LUIS. Háblale al alma.
CLARA. Y tan al alma.
LUIS. Y si niega?
CLARA. Oh; que niegue.
LUIS. Y si se enfada?
CLARA. Que se enfade.
LUIS. Y si recurre
á suspiros y lágrimas?
CLARA. Á mí que suspire y lllore.
LUIS. Y si?...
CLARA. Por Dios, que te vayas.
(Hace como que va venir á Fernando.)
LUIS. Luego me dirás?...
CLARA. Si, todo.
LUIS. Ay primo, buena te aguarda!
(Váse por la puerta de la izquierda de primer término.)
CLARA. Valor y serenidad
que es lo que más me hace falta.

ESCENA XVI.

CLARA y FERNANDO.

- FERNANDO. Aún andas tú por aquí?
CLARA. Quiero que hablemos, Fernando.
Lo sientes?
FERNANDO. Lo siento, si.
CLARA. (Qué bien que se va explicando.)
Dura el enojo?
FERNANDO. La pena,
que no el enojo, me dura.
CLARA. Pues dame la enhorabuena:
ya se acabó mi locura.
FERNANDO. Conozco tu veleidad.
CLARA. Es que estoy muy convencida
de que dices la verdad
cuando juras por tu vida,
que una mujer solamente
tu pecho de amor abrasa,

- y que esa no vive ausente
sino dentro de esta casa.
Necia yo, que en otra parte
pensé que ibas á buscar
lauros que sin molestarte
aquí puedes alcanzar.
- FERNANDO. Con harta razon infieres
que es infundada mania...
- CLARA. Me consta que solo quieres...
- FERNANDO. Solo á tí.
- CLARA. Solo á María.
- FERNANDO. Qué!
- CLARA. La traicion es palmaria.
- FERNANDO. Habrá mayor desvario?
- CLARA. Si era yo muy visionaria!
Verdad que si, dueño mio?
- FERNANDO. Déjame, aparta. No hay hombre
más infeliz. Quién pensó
nunca en María?
- CLARA. Su nombre
pronuncias en sueños.
- FERNANDO. Yo?
- CLARA. Anoche Luis, desvelado,
te oyó soñar con tu bella.
- FERNANDO. Pues; no hay mas: Luis ha soñado
que yo soñaba con ella.
- CLARA. Oh, no finjas. Hasta ahora
que la amabas ignoré,
pero que ella á tí te adora,
ya hace tiempo que lo sé.
- FERNANDO. Pues ¿no ama á Luis?
- CLARA. Le desprecia,
solo á tí te rinde culto,
y su amor, como es tan necia,
no sabe tener oculto.
- FERNANDO. Oh!
- CLARA. No cesa de alabarte.
- FERNANDO. Qué me alaba?
- CLARA. Y cuál te mira.
- FERNANDO. Que me mira?
- CLARA. Y al mirarte
se turba, tiembla y suspira.

- FERNANDO. Quisiera olvidarlo todo;
mas me llena de amargura
que calumnies de tal modo
á esa pobre criatura.
- CLARA. No hay calumnía en lo que digo;
y antes pienso que es favor
el prestarme á ser contigo
medianera de su amor
- FERNANDO. Por vida!... Tan ruines celos
en mujer tan adorada?
Si esto es cuando novia, celos,
¿qué será cuando casada?
Quién de su paciencia ha dado
prueba más larga y costosa?
Ni Job, que Job á su lado
no tuvo mujer celosa.
- CLARA. Aun cuando ella es mi enemiga
veo que vale...
- FERNANDO. Un tesoro.
- CLARA. Y ¿qué quieres que le diga
de tu parte?
- FERNANDO. Que la adoro.
- CLARA. Lo haré así.
- FERNANDO. Yo te lo ruego.
- CLARA. En ella piensa entretanto.
- FERNANDO. Cómo no?
- CLARA. Pues hasta luego.
- FERNANDO. Oh qué mujer!
- CLARA. Oh qué santo!
- FERNANDO. Qué aguardas?
- CLARA. Será preciso
que Luis sepa...
- FERNANDO. Sí.
- CLARA. No es justo...
- FERNANDO. Cierto.
- CLARA. Y nuestro compromiso
dió fin.
- FERNANDO. Qué gozo!
- CLARA. Qué gusto!
- FERNANDO. Cien hay que tu amor desean.
- CLARA. Á otra el tuyo vendrá bien.
- FERNANDO. Malditos los celos sean,

por siempre jamás...

CLARA.

Amen.

ESCENA XV.

DICHOS, MARIA y á poco LUIS.

Ambos salen por la puerta de la izquierda de primer término.

MARIA. Madre te llama.

CLARA. Y aquí vienes á darme el recado?

LUIS. Qué hay? (Bajo á Clara.)

CLARA. Que se quieren. (Bajo á Luis.)

LUIS. Sí?

CLARA. Sí.

Él mismo lo ha confesado.

LUIS. Oh! (Alto sin poderse reprimir.)

MARIA. Qué pasa?

CLARA. Qué?... No quiero

(Violentamente y luego reprimiéndose.)
hacer una...

(Váse precipitadamente por la puerta de la izquierda de primer término.)

FERNANDO. Yo la sigo...

LUIS. Oiga usted. (Deteniéndole.)

FERNANDO. Eh, majadero, (Rechazándole.)

el diablo cargue contigo.

(Váse por donde Clara.)

ESCENA XVI.

MARIA y LUIS.

MARIA. Explicame.

LUIS. Falsa, perjura.

MARIA. Qué es esto?

LUIS. Y yo qué menguado, qué torpe, qué ciego.

Confiésalo: inútil

es ya el fingimiento.

MARIA. Sin duda está loco.

LUIS. Te ries?
MARIA. Cual debo.
LUIS. Qué audácia!
MARIA. La tuya.
LUIS. Y aún niegas?
MARIA. Qué niego?
LUIS. Tu culpa.
MARIA. Dios mio!
LUIS. Tu crimen horrendo.
MARIA. Qué hay?
LUIS. Que me engañas.
MARIA. Yo á tí?
LUIS. Sí por cierto.
MARIA. Y ¿en qué?
LUIS. No lo sabes?
MARIA. Lo ignoro.
LUIS. Comprendo
que vas á decirme,
cual sueles hacerlo,
que son insensatas
visiones, que unidas
las almas tenemos,
por mútuo cariño,
con vínculo eterno.
Verdad es que teme
quien ama; confieso
que á veces de injusto
pequé en mis recelos;
pero hoy tengo pruebas.
MARIA. Jesús, qué me alegre!
LUIS. Pues dí, fementida,
¿viste algo en mis hechos
que no fuese digno
de lóa y de premio?
No estaba mi enlace
contigo resuelto?
Qué amor tan humilde, Y
tan fiel, tan inmenso,
tan puro, cual este
que aún arde en mi pecho?
¡Mujeres, qué pronto,

pensé conoceros!
¡Qué dicha, si logro
los males acerbos
causados por una
vengar sobre ciento!

MARIA. Resuelve el enigma;
explicáte al ménos.

LUIS. Repito que le amas,
que te ama sostengo;
y así se comprende
por qué nunca vemos
al nuevo Tenorio
con rostro halagüeño;
por qué á mi me trata
con tanto despego,
y es Clara á sus ojos
un puro defecto;
en tanto que, al cabo,
su amor descubriendo,
(de tí no se aparta
ni un solo momento,
y ufano te cita
cual raro modelo
de gracia, belleza,
virtud y talento,
y solo procura
cumplir tus deseos,
y sueña contigo.

MARIA. Quién hace todo eso?

LUIS. El mismo Fernando
confiesa que es cierto.

MARIA. Fernando mi amante?

LUIS. Permitán los cielos,
que pronto le mires
en brazos ajenos,
y exhales en vano
suspiros al viento;
que nadie en la vida
pretenda tu afecto;
que nombre de esposa
ya nunca te demos.
Y el cielo permita;

si yo con el tiempo
sintiese por otra
amor verdadero,
que instante no goce
de paz ni contento;
que llore perfidias;
que rabie de celos;
que el diablo me lleve...

ESCENA XVII.

DICHOS, ANTONIO, y á poco PEDRO y JUANA.

ANTONIO. Pero hombre, ese almuerzo...
LUIS. Qué almuerzo?
ANTONIO. Me gusta.
LUIS. Ah, si; ya me acuerdo.
Perdona, querido...
Muchacha.
(Tirando del cordon de la campanilla.)
ANTONIO. Yo tengo
las diez...
(Mirando el reloj.)
LUIS. Condenados!
(Impacientándose, y tirando con más fuerza del
cordon de la campanilla.)
ANTONIO. Y ya desfallezco.
LUIS. Por vida!
ANTONIO. Tú siempre
tan vivo de génio.
LUIS. Oh! Pedro.
ANTONIO. Qué bulla!
LUIS. Muchacha. Hola, Pedro!
PEDRO. Señor.
(Saliendo por la puerta de la izquierda de segun-
do término.)
JUANA. Qué se ofrece?
(Idem por la del foro.)
LUIS. No oíais?
(Cogiendo una silla y amenazando á Pedro.)
MARIA. Oh!
(Acercándose á detenerle.)

ANTONIO.

Quieto.

(Sujetándole por un brazo.)

PEDRO.

Qué manos tan largas!

JUANA.

Sosiegue usted el pecho.

LUIS.

Á ver si almorzamos...

JUANA.

Mal hayal...

PEDRO.

Corriendo.

(Vánse por el foro.)

ESCENA XVIII.

MARIA, LUIS y ANTONIO.

LUIS

Qué gente, Dios mio:

felices aquellos

que no necesitan

servicios ajenos.

Mas yo indemnizarte

de todo prometo.

Verás cómo al punto...

(Bajo á Maria, que está á su lado y se muestra afligida.)

(Á qué esos lamentos?)

Logramos... (No finjas.)

que al fin... (No te creo.)

ANTONIO.

Qué dices?

LUIS.

Si, chico:

verás que al momento ..

(Yo amarte?) nos sirven...

(Jamás!) el almuerzo.

Segun mis noticias,

si no muy selectos...

(Traidor!) los platos

serán suculentos.

ANTONIO.

Oh júbilo!

LUIS.

En casa

bodega tenemos.

Si quieres... (Qué vanos

son ya tus esfuerzos!)

saquemos del polvo

con mútuo consejo,

algunas botellas

de vinos diversos:
y obtengan las mismas
señales de aprecio
el blanco y el tinto,
y el dulce, y el seco.

ANTONIO. Qué rara alegría!
LUIS. De gozo reviento.
(Lo dudas?)

ANTONIO. Qué causa?
LUIS. Despues hablaremos.
(La causa es que al cabo
de tí me liberto.)
Ven, ven.

ANTONIO. Con permiso.
(Á Maria, y dirígese hácia el foro en pos de
Luis.)

LUIS. (Ah falsa!) Volemos.
(Despues de haber vuelto al lado de Maria.)
(Ah inícu!)

ANTONIO. No vienes? (Deteniéndose.)
LUIS. Ya voy. (Te aborrezco.)
(Vánse ambos por el foro.)

ESCENA XIX.

MARIA y á poco FERNANDO.

MARIA. Jesus, Jesus, qué aprehension!
Dios mio, y que yo le quiera!

FERNANDO. Cá, imposible; no hay manera
de hacerla entrar en razon.

MARIA. Fernando...

FERNANDO. Esto es por demas.

MARIA. Ve usted qué nueva salida?
Yo estoy absorta... aturdida...

FERNANDO. Yo estoy dado á Barrabás.

MARIA. Mas qué motivo?... No infiero
cuál pueden haber tenido,
que usted...

FERNANDO. Si yo siempre he sido
con usted hasta grosero.

MARIA. Lo cierto es que ambos con penas

- y esclavos de amor constante,
viéndonos á cada instante
nos hemos tratado apenas.
- FERNANDO. Pues el nuevo sinsabor
les perdono de buen grado,
si hoy ocasion nos han dado
de conocernos mejor.
- MARIA. Pero ¿hay aprehension más rara?
- FERNANDO. Más necia?
- MARIA. Buenos estamos.
- FERNANDO. Y qué dice Luis? Sepamos.
- MARIA. Sepamos: qué dice Clara?
- FERNANDO. En su ciego frenesí
que usted me adora asegura.
- MARIA. Pues el otro afirma y jura
que usted se muere por mí.
- FERNANDO. Hay para ahorcarse.
- MARIA. Yo opino
que reirse es más prudente.
- FERNANDO. Cierlo: mofa solamente
merece tal desatino.
Pero si yo ¡vive Dios!
si yo como un animal
la quiero aún.
- MARIA. Suerte igual
nos ha cabido á los dos.
- FERNANDO. Y esto es vivir en un potro.
- MARIA. Haga usted por convencer
á Clara.
- FERNANDO. Imposible. Á ver
si convence usted al otro.
- MARIA. Será vana tentativa.
- FERNANDO. Pues ¿qué se hace?
- MARIA. Si: qué hacemos?
- FERNANDO. Hoy, ante todo, formemos
alianza defensiva.
Y ya que á eterna ansiedad
condenarnos quiso el cielo,
busquemos ámbos consuelo
en nuestra mútua amistad.
- MARIA. Necia yo si tal merced
con júbilo no aceptára.

FERNANDO. Si como usted fuese Clara!

MARIA. Si fuese Luis como usted!

ESCENA XX.

DICHOS, LUIS, ANTONIO, CLARA, la MARQUESA, JUANA y PEDRO.

Este pone en la mesa varias botellas que traerá en una cesta.

LUIS (Que siempre juntos esten!)

CLARA. Solos!

MARQUESA. Eh?

CLARA. Nada.

MARQUESA. Creí...

PEDRO. Se trae el almuerzo?

MARQUESA. Sí.

(Vánse por el foro Pedro y Juana.)

ANTONIO. (Gracias á Dios!)

CLARA. Bien.

(Bajo á Fernando.)

LUIS. Muy bien.

(Id. á Maria)

MARQUESA. Sentémonos.

(Siéntanse todos á la mesa.)

ANTONIO. (Oh sabrosas

viandas, cómo os espero!)

CLARA. Con que la quieres?

(Bajo á Fernando.)

FERNANDO. La quiero.

(Id. á Clara.)

LUIS. Qué os decíais?

(Bajo á Maria)

MARIA. Tantas cosas!

(Id. á Luis.)

MARQUESA. Habrá ganillas?

(Á Antonio.)

ANTONIO. No... (Hay hambre.)

CLARA. No la miras?

FERNANDO. Si te empeñas...

(Fijando sus ojos en Maria.)

CLARA. Fernando!

- (María hace señas á Fernando para que no la mire.)
- LUIS. Que no hagas señas!...
- CLARA. Ten.
(Saltándosele las lágrimas y pellizcando en un brazo á Fernando para hacerle apartar los ojos de María.)
- FERNANDO. Oh!
- MARQUESA. Qué es eso?
- FERNANDO. Un calambre.
- ANTONIO. Se pasa?
- CLARA. Crüel, impio.
- FERNANDO. Ya pasó.
- LUIS. (Llora mi hermana!)
Lo que es yo no tengo gana.
(Levantándose.)
Hablabamos, señor mio.
(Bajo á Fernando en tono amenazador.)
- MARQUESA. Pero...
- LUIS. Dispensa. (Á Antonio.)
- ANTONIO. Estás loco?
- MARQUESA. Hijo. (Levantándose para detener á Luis.)
- LUIS. (Malditas mujeres!)
(Váse por el foro, izquierda.)
- CLARA. Mamá.
- MARQUESA. Luis. (Siguiéndole.)
- CLARA. Mamá. (Levantándose tambien.)
- MARQUESA. Qué quieres?
(Volviéndose hácia ella enojada.)
- CLARA. Que yo no almuerzo tampoco.
(Llorando y váse corriendo tambien por el foro.)
- MARQUESA. Niña!... Usted, señor sobrino,
(Encarándose con Fernando.)
le habrá dado alguna pena.
- FERNANDO. Señora! (Levantándose indignado.)
- ANTONIO. (Pues esta es buena.)
- MARQUESA. Y tú á Luis. (Á María.)
- MARIA. (Cielo divino!)
(Levantándose igualmente muy afligida.)
- MARQUESA. Ay, Antoñito, yo siento...
- MARIA. Qué hay? (Á María.)
(Suframos.)

- MARQUESA. Qué hay?
(Á Fernando esforzando la voz.)
- FERNANDO. (Templanza.)
- MARQUESA. Usted es de confianza.
(Á Antonio como disculpándose.)
- ANTONIO. (Quién fuera de cumplimiento!)
- MARQUESA. Hijo... Clara... (Llamando.)
- ANTONIO. (No hay de qué.)
- MARQUESA. Nada; no respondan.
- ANTONIO. (Fijo;
me quedo en ayunas.)
- MARQUESA. Hijo...
Clara... Clarita...
(Váse por donde antes Clara y Luis.)
- ANTONIO. Y se fué!
- FERNANDO. Pronto volverá mi tia;
con ella almuerza. Qué suerte!
- MARIA. (Pobre Fernando!) (Váse por la izquierda.)
- ANTONIO. Oye, advierte...
(Tratando de detenerle.)
- FERNANDO. Déjame. (Pobre Maria!)
(Váse por la derecha.)

ESCENA XXI.

- ANTONIO y en seguida PEDRO y JUANA
que salen por la derecha del foro.
- ANTONIO. Bien á un huesped se distingue
aquí. Pues yo no me presto...
(Cogiendo arrebatadamente el sombrero y diri-
giéndose hácia la puerta del foro.)
Oh!
- PEDRO. Jesus!
(Trópezan ambos y cae sobre Antonio la fuente
con vianda que trae Pedro. Juana al ver esto échase
á reír.)
- ANTONIO. Bueno me ha puesto!
(Acercándose á la nariz las solapas del gaban.)
Delicioso olor á pringue!
- JUANA. Já... já...

ANTONIO. Y se ríe!
PEDRO. No ví...
ANTONIO. No sé cómo no...
(Levantando el puño sobre Pedro.)
JUANA. Arre allá.
(Interponiéndose.)
ANTONIO. Yo no he comido, mas ya
me pueden comer á mí.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala decorosamente amueblada: á la derecha un sofá:
á la izquierda un velador, y á su lado una butaca.
Puerta en el foro; otras laterales.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO.

Buen susto el de anoche. Gracias
á Dios que fueron soñados
los ladrones. El ladron
que me dá á mí mas cuidado
sí que es verdadero, y justos
los reconcomios que paso
por culpa suya. El Luisito
es buena alhaja. Canario
con el niño! La fortuna
es que tengo buen olfato,
y lo que es dármele á mí...
que si quierés!... No me mame
yo el dedo: sé yo muy bien
dónde me aprieta el zapato.
Pero señor ¿es posible
que esto se haga entre cristianos?
Y ella al verse cortejada
por un señorito, claro,

estará tan hueca. Y puede suceder... Ay, si la atrapo en un renuncio!... Con él no me atrevo, que es muy largo de manos, pero con ella... Pues no tiene el condenado en casa la novia?...

ESCENA II.

PEDRO y FERNANDO.

Sale por la puerta de la derecha dando indicios de mal humor.

FERNANDO. Pedro!

PEDRO. Estos mocitos de ogaño que necesitan un parl...
(Sin oír á Fernando absorto en sus cavilaciones.)

FERNANDO. Eh, Pedro. En qué estás pensando!
(Acercándose á él y con tono áspero.)

PEDRO. Oh... Señor... En nada... Mande usted.

FERNANDO. Ya sabes que aguardo á don Antonio.

PEDRO. Si; ya lo sabia... Bien mirado lo mejor es una tranca.

FERNANDO. Qué dices?

PEDRO. No... nada...

FERNANDO. En cuanto llegue, me avisas. (Siéntase en el sofá.)

PEDRO. Bien.
(Retirándose hácia el foro.)

Ah! (Volviendo.)

Dése usted por avisado: ahí viene.

FERNANDO. Déjanos solos.

PEDRO. (Es lo mejor: palo, palo!)
(Váse por el foro á tiempo que sale Antonio.)

ESCENA III.

FERNANDO y ANTONIO.

FERNANDO. Al fin viniste.

ANTONIO. Dormía

(Sentándose en el sofá al lado de Fernando.)
aún, cuando tu recado
me dieron. Aquí me tienes:
qué ocurre?

FERNANDO. Ya es necesario

llamarte para que vengas.

ANTONIO. No, no vengo ¿á qué ocultarlo?

porque tu señora prima
con sus guiños y arrumacos
me tiene frito. Si quiere
darte celos, busque un sandío
(muchos hay) que no conozca
su fin, y caiga en el lazo,
que lo que es yo...

FERNANDO. Pobre Antonio!

Piensas que no lo he notado?

Pero ¿qué te importa?

ANTONIO.

Nada,

nada me importa. Es muy grato
ver que le toman á uno
por monigote. Y el zángano
de Luis? Sin dejarme á sol
ni á sombra... Venga un abrazo,
Antoñillo. Abí vá ese puro
que es de vuelta de abajo.
Te gusta mi yegua? Pues
tómala, te la regalo.

Y todo con el objeto
de sonsacarme, empeñado
en que tú nada me ocultas,
en que yo sé... Por milagro
me contengo y no le doy
un pescozon. Pero vamos;
di tú: qué me quieres? Calla,
ahora noto... Estás muy pálido.

Á ver el pulso. Si tienes calentura!

FERNANDO. No he pegado un solo instante los ojos en toda la noche.

ANTONIO. Estamos frescos. Habla; sepa yo por qué me llamas.

FERNANDO. Te llamo porque necesito ayuda, porque de cólera estallo, y en el seno de un amigo quiero desahogarme...

ANTONIO. Acaso los dos hermanitos siguen con la misma tema?

FERNANDO. Esclavos de una idea fija, nada puede ya desengañarlos. Lo que en un principio cosa de poca entidad juzgamos, fué como bola de nieve, que crece y crece rodando. Oyeras á Clara hablarme de María, sin dejarlo ni un momento. Si es muy bella, me dice; si es un dechado de modestia y de candor; si es natural y yo aplaudo que ella te ame y que la quieras tú; si pareceis formados uno para otro: y así todo el día, terminando siempre estas escenas, como ya supondrás, con relámpagos y truenos. Luis no sé cuántas veces me ha desafiado á estas horas: su cancion es la misma para el caso que la de Clara, y el nombre de María está zumbando continuamente en mi oído

sin que yo pueda evitarlo.
Huérfana, sola en el mundo
la infeliz, sin más amparo
que el de esta casa, padece
dolor doblemente amargo;
pero todo lo soporta
resignada; de sus labios
no sale una queja, y tiene
un corazon tan hidalgo,
que siendo yo de sus males
causa, aunque inocente, alcanzo
la dicha de merecer
su piedad. Mi tia, cuando
rabian sus hijos, la pega
con nosotros. No le ha dado
mucho de aquí la divina
Providencia: ni es tan raro
que por amor á sus hijos
la pegue con los extraños.
Y no hay más; sabrá el origen
de estos disturbios temprano
ó tarde, y entonces... Vaya,
Dios nos coja confesados.

ANTONIO.

Pícaros celos!

FERNANDO.

Parece

que se goza en fomentarlos
el mismo infierno. Por vía
de distraccion, he pintado
un paisaje; en él hay una
pastora con su rebaño...
y ¡ay, chico; ay, Antonio!...

ANTONIO.

Dime;

eso ¿qué tiene de malo?

FERNANDO.

Qué tiene? Que segun ellos
la pastora es un retrato
de María.

ANTONIO.

Y se parecen
como una alcachofa á un rábano.
Verdad, eh?

FERNANDO.

No: lo terrible,
lo inaguantable del caso
es que se parecen: sí,

:

se parecen, no te engaño;
se parecen, que sin duda
movió mi pincel el diablo.

ANTONIO.

Diabólica es la ocurrencia.

FERNANDO.

Y anoche! Jesus, qué rato
tan cruel: nunca le tuve
peor. Habian logrado
mis dos enemigos íntimos,
aburriéndome á destajo,
darme un dolor de cabeza
que ya, ya: vóime á mi cuarto
al fin; acuéstome; crece
el dolor; procuro en vano
conciliar el sueño; ansioso
de encontrar alivio, salto
de la cama, á la ligera
me visto y al huerto bajo,
creyendo que al aire libre
me iria mejor. Aciago
pensamiento! Ya serian
las dos muy dadas: el caño
de la fuente y un cuclillo
con su monótono canto
turbaban solo el silencio:
poco trecho habia andado
cuando de pronto percibo
como un lamento lejano.
Párome absorto. La noche,
la soledad, el estado
en que yo me hallaba... Chico,
tuve miedo... Sin embargo,
seguí adelante: más cerca,
más distinto suena al cabo
otro suspiro; la vista
dirijo hácia todos lados,
y, al resplandor de la luna,
reclinada sobre un árbol
una mujer me parece
distinguir: sigo avanzando
cautelosamente, y era
María anegada en llanto.
Tampoco habria podido

la cuitada hallar descanso,
y en aquel sitio, á lo menos,
sus ayes acongojados
exhalaba con entera
libertad. No sé qué extraños
sentimientos, cuando así
la ví, mi pecho agitaron.
María, al reconocerla
exclamé; y ella, Fernando,
exclamó asustada. Aquí
fué Troya. Clara sus pasos
habia seguido, oculta
allí, la estaba acechando:
viéndonos juntos, estalla
su furor, cae como un rayo
entre nosotros, nos dá
cien injuriosos dictados;
llora, maldice, pateo;
para que huir no podamos
pónese delante; á voz
en grito llama á su hermano:
échase á sus pies María;
yo ruego, exijo, amenazo;
ruego y amenaza más
la enfurecen: desalado
llega Luis; de lo ocurrido
se entera; crece el escándalo;
despierta mi tia y hunde
la casa á campanillazos,
y en medio de esta algazara
levántanse los criados
gritando, ladrones, unos;
y otros, fuego. Á sosegarlos
corro yo; para su madre
no sé qué excusa inventaron
Clara y Luis; y aqui nos tienes,
á ellos, como nunca airados,
como nunca ciegos, prontos
á jurar, puestas las manos
en un altar, que María
y yo nos idolatramos;
á esa desdichada jóven,

(pues el lance es sério y llano
que ha de saberse) perdida,
deshonrada; á mí, trinando,
loco, decidido á hacer
una de pópulo bárbaro,
ó á levantarme la tapa
de los sesos de un balazo.

ANTONIO. Matarte tú? Pues sería
chistoso el lance! Matarlos
á ellos, vaya. Ten un poco
de paciencia, desdichado,
y siendo Clara tu esposa,
te afirmo que antes de un año
habrás sucumbido. Y cómo
vas á morir! Como el santo
de las parrillas.

FERNANDO. Te engañas,
Antonio; ya no me caso.

ANTONIO. No?

FERNANDO. No.

ANTONIO. Me alegre. De veras
que me tenia asustado
el tal casorio. Lo dicho:
valor, y dame los brazos.

FERNANDO. Ya sabes que las dispensas
de Roma para el pactado
casamiento á cada instante
se aguardan. Pues yo no aguardo
á que lleguen.

ANTONIO. Por ventura?...

FERNANDO. Calla. (Asustado.)

Oh!

(Mirando hácia la izquierda.)

Ven.

(Yéndose precipitadamente por la derecha.)

ANTONIO. Chico... Fernando...

Ah! (Mirando también hácia la izquierda.)

Comprendo... Pues le sigo.

(Dirigiéndose al mismo sitio que Fernando.)

ESCENA IV.

ANTONIO, LUIS y CLARA.

- LUIS. Antonio. (Dentro.)
ANTONIO. Me vió; ya es tarde. (Deteniéndose.)
Oh, Clarita... Dios te guarde.
(Saludando con fingida cordialidad á Clara y Luis, que salen por la puerta de la izquierda.)
LUIS. Qué ligero huyó el amigo.
ANTONIO. Huir? No tal. Casualmente...
CLARA. Quién lo contrario imagina? (Con ironía.)
LUIS. Y hablábais?...
ANTONIO. De medicina.
CLARA. Qué discreto confidente!
ANTONIO. (Oh!)
LUIS. Por más que lo sigile,
bien se vé que le habrá dado
para la otra algun recado.
ANTONIO. Soy yo algun correvedile?
LUIS. Mientras dure tu porfia,
mi suposicion no puedes
condenar.
ANTONIO. Quieren ustedes
saber?...
LUIS. Pues no?
CLARA. Qué decia?
(Acercándose ámbos á Antonio con vivo interés.)
ANTONIO. Decia hablando hace poco (á Clara.)
de usted, con dolor profundo:
no la hay más bella en el mundo;
peor criada, tampoco.
CLARA. Sí, bien, pero...
ANTONIO. (Es mucho afan!)
Y de tí...
LUIS. Di sin temor.
ANTONIO. Decia: No es un dolor
que para Luis se haga pan?
LUIS. Sí... eso sí... Pero ademas...
ANTONIO. (Nada: no los escarmiento.)
CLARA. Conque...

ANTONIO. Voy á su aposento,
y otra vez diré algo más.
(Con intencion, y váse por la derecha.)

ESCENA V.

LUIS y CLARA.

LUIS. Vanó afan.

CLARA. Y ya ¿qué ignoras?

Qué nueva duda te asalta?

Á qué preguntar? Qué falta

que descubrir á estas horas?

LUIS. Aunque lo miro y lo toco,
si hiere el mal de improviso,
duda el alma, y es preciso
convencerla poco á poco.

Tú no sabes cuál se vé

quien pierde lo que adoró

con toda el alma...

CLARA. Pues no

me dice que no lo sé?

Qué otras penas, cuáles otras

como estas que yo ahora paso?

Sentís vosotros acaso

como sentimos nosotras?

Y ademas, dí; fuera cuerdo

que tú al perder á esa necia,

sintieses pena tan recia

LUIS. cual yo que á Fernando pierdo?

Mira que estás delirando:

ni aun sufro que se le iguale

con María.

CLARA. Pues qué, vale

María?...

LUIS. Más que Fernando.

CLARA. Tal piensas?

LUIS. Vuelve al infiel.

CLARA. Vuelve tú á la fementida.

LUIS. Pero ella fué seducida.

CLARA. Ella le sedujo á él.

LUIS. Y es lo cierto, vive Dios!...

- CLARA. Que los dos se entienden ya.
LUIS. Si yo no sé cuál será
más infame de los dos.
- CLARA. Lo dudas? Él.
LUIS. No por cierto;
ella, que tiene la audacia,
la impudencia...
- CLARA. Si que es gracia
verle á deshora en el huerto.
- LUIS. Ni fué su cita primera
la de anoche.
- CLARA. Claro está:
ni la primera, ni la
segunda, ni la tercera...
- LUIS. Qué horror! Cuánta ingratitud!
Qué ruin conducta! Y pensaba
todo el mundo que pecaba
por exceso de virtud!
Preciso es ya tomar una
resolucion.
- CLARA. Si; discurre.
Qué haremos?
- LUIS. No se me ocurre,
por más que pienso, ninguna.
Solo una manera encuentro
de remediar lo que pasa,
y es pegar fuego á la casa
y que ardamos todos dentro.
- CLARA. Sirviéales de irrisión
tu enojo: por el contrario,
yo opino que es necesario
ocultar nuestra afliccion.
- LUIS. Solo desden insultante
verán en mí; solo el tedio
más profundo.
- CLARA. No hay remedio;
yo necesito un amante.
De Antonio nada consigo
por más que hago. En todo el globo
no hay bobo como este bobo:
digno amigo de su amigo.
- LUIS. Yo, aunque la ficcion deploro

- porque á ella le perjudica,
he de fingir que la chica
me adora, y que yo la adoro.
CLARA. Cierta que estaré sobre ascuas
y que me ahogará la pena,
mas han de verme serena
y alegre como unas pascuas.
LUIS. Tambien á mí, que no en vano
tu heróico ejemplo...
CLARA. Yo soy
muy valiente. Verás... Voy
á darme una de piano!...
LUIS. Yo de flauta. Conceptúo
que esto ha de hacerles rabiár.
CLARA. Y tambien pienso cantar.
LUIS. Bien; cantaremos un dúo.
No he de meterme yo fraile
porque esa infiel... Ya no lucho;
vencí.
CLARA. Si me apuras mucho,
hasta hemos de armar un baile.
LUIS. Por mí...
CLARA. Los hemos perdido?
Á olvidarlos.
LUIS. Así sea.
CLARA. Á gozar. Feliz ideal
(Va corriendo al foro y tira fuertemente del cor-
don de la campanilla.)
Voy á estrenar un vestido.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

LUIS.

Oh, seguiré su consejo,
ya que es práctica constante,
que sirva al alma el semblante
de careta y no de espejo.

ESCENA VII.

LUIS y JUANA.

- JUANA. Pues vaya un campanillazo!
Pues no está una sorda!
- LUIS. (Con aspereza.) Fué
mi hermana. Ven.
- JUANA. (Recelosa.) Para qué?
- LUIS. Para que te dé un abrazo.
- JUANA. Quiere usted que armemos gresca
tambien hoy?
- LUIS. Cede á mi ruego...
(Tratando de abrazarla)
- JUANA. Caramba!
- LUIS. Si siento un fuego
tan grande, tan...
- JUANA. Agua fresca.
- LUIS. Qué záfia!
- JUANA. Y usted qué plomo!
- LUIS. Si ha de ser.
- JUANA. Si no ha de ser.
- LUIS. Debieras agradecer
la molestia que me tomo.
Vamos, que espera mi hermana.
- JUANA. Mil gracias por la molestia.
- LUIS. Deja que te abrace, bestia.
- JUANA. Dale, no me da la gana.
- LUIS. Por fuerza.
- JUANA. Basta de broma,
ó chillo y la señorita
sabrá que usted...
- LUIS. Si? Pues grita,
mujer. Toma, toma, toma.
(Abrazándola bruscamente repetidas veces.)
- JUANA. No mas? Si yo no me asusto
(Con gran calma.)
por tan poco.
- LUIS. Y antes tanto
repulgo... Chilla! (Con ira.)
- JUANA. Á qué santo?
Ya ha cumplido usted su gusto.

LUIS. Como siempre! Esta farota
cuando la quiero abrazar
dice que va á alborotar,
y la abrazo y no alborota. (Váse.)

ESCENA VIII.

JUANA y PEDRO.

PEDRO. Estaba aquí el señorito.
JUANA. Y qué tenemos con eso?
PEDRO. Tú nada: yo tengo un peso
en el alma. Yo estoy frito.
JUANA. Nene, no me hagas el bú,
que me repudres. Si no
quisiera guardarme yo,
¿podrías guardarme tú?
PEDRO. Con lo que he visto!...
JUANA. Qué has visto?
PEDRO. De sobra.
JUANA. Nada, mentira.
PEDRO. Mira que te acecho, mira
que habrá la de Dios es Cristo.
JUANA. Qué harás?
PEDRO. Sacarte el pellejo
á tiras.
JUANA. Si ya me duele!
PEDRO. Cara de gato, pelele.
JUANA. Oh!
PEDRO. Moscon, borracho, viejo.
(Váse corriendo por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

PEDRO, FERNANDO y ANTONIO.

PEDRO. Pues si me quito un zapato...
Yo viejo! Dios poderoso!
FERNANDO. Qué tienes? (Acercándose á él.)
PEDRO. Qué estoy celoso.
FERNANDO. Celoso? Corre ó te mato.
PEDRO. Pero señor...

FERNANDO. No me hables;
vete.

PEDRO. Me voy. (Váse por el foro.)

ESCENA X.

FERNANDO y ANTONIO.

ANTONIO. Ya son tres
los enfermos. Esto es
un hospital de incurables.
Vamos, vamos; no consiento
que pases el día aquí.

FERNANDO. Antes quisiera...

ANTONIO. Qué? dí.

FERNANDO. Ver á María un momento.
Con lo ocurrido, imagina
cómo la pobre estará.

ANTONIO. Chico, chico; ya me da
tanto interés mala espina.

FERNANDO. Cómo! Piensas?...

ANTONIO. Vaya un gesto.

FERNANDO. Al ver tu desconfianza
¿no he de alarmarme?

ANTONIO. Fué chanza.

FERNANDO. Chanza ha sido?

ANTONIO. Por supuesto.

FERNANDO. Ella es! Vete.

ANTONIO. Con tu tía
me encontrarás.

(Váse por la puerta de primer término de la iz-
quierda.)

ESCENA XI.

FERNANDO y MARIA.

FERNANDO. (Tiemblo al verla.)
María.

MARIA. Fernando aquí!
(Retrocediendo con susto.)

- FERNANDO. Se va usted?
- MARIA. Temo que vengan
y nos hallen juntos.
- FERNANDO. Ya
- MARIA. ¿qué importa? Nada. Funesta
casualidad la de anoche,
Fernando!
- FERNANDO. Y cuál me atormenta
el ver que por culpa mía
usted padece sin tregua.
- MARIA. Diré yo entonces que tengo
la culpa de que usted sea
desgraciado.
- FERNANDO. Pero en mí
hay sobrada resistencia
para soportar los males:
los de usted hacen más negra,
más terrible su orfandad.
- MARIA. Por eso es mayor mi pena.
La que se queda sin padres,
ay, Dios, qué sola se queda!
- FERNANDO. Aún tiene usted quien la estime,
quién la ampare y la defienda:
aun tiene usted un amigo,
un hermano.
- MARIA. Pues qué fuera
de mí sin usted? Quién hace
que en algo aquí se me atienda
todavía? Quién con noble
generosidad me presta
favor contra todos? Quién
me infunde valor y seca
mis lágrimas? Nunca, nunca
olvida tales finezas
una mujer. En mi pecho
será inextinguible, eterna
la gratitud.
- FERNANDO. ¿Qué hice yo
sino cumplir lo que ordena
santa ley que al hombre impuso
la misma naturaleza?

Mérito el de usted que, siendo débil, al fuerte consuela.
En fin, ya tengo pensado lo que he de hacer: la prudencia pide que deje á Granada por algun tiempo.

MARIA. Esa idea no ha de realizarse.

FERNANDO. En breve; lo he resuelto. Con mi ausencia usted recobra el sosiego; Luis verá que sus sospechas son injustas, y casada con él...

MARIA. Nunca. Dios no quiera que sea yo guardadora del honor de quien... (me cuesta rubor decirlo) de quien duda del mio.

FERNANDO. Vileza sin igual!

MARIA. Yo soy, Fernando, quien salir de aqui debiera.

FERNANDO. Usted? Qué locura!

MARIA. Á todos enoja ya mi presencia en esta casa: el favor que me hicieron ya les pesa. Debo seguir admitiendo limosna que me avergüenza? Para vivir en honrosa mediania, con mis rentas me basta; para guardar mi virtud, con mi conciencia.

FERNANDO. María, es usted un ángel.

MARIA. Solo una mujer que espera en Dios. Usted ama á Clara; sea usted feliz con ella.

FERNANDO. Fuera en mí grave delito arrostrar las consecuencias de tal enlace.

MARIA. Es forzoso;

- cásese usted; se lo ruega su hermana.
- FERNANDO. Viéndolo estoy y puedo creerlo apénas. Usted por ella intercede? Alma generosa y tierna!
- MARIA. Fernando!
- FERNANDO. Y Luis desconoce tal tesoro de pureza, de incomparables virtudes?...
de incomparables virtudes?...
- MARIA. Oh, calle usted: si le oyeran...
- FERNANDO. Óiganme en buen hora. Dicen que la quiero á usted; se empeñan en que por fuerza he de amarla...
María, ¡ojalá pudiera!
- MARIA. Cálmesese usted: quizá hallemos un medio que los convenza.
- FERNANDO. Ya ni lo deseo.
- CLARA. Mira:
juntitos.
(Apareciendo muy ataviada con su hermano en la puerta del foro.)
- FERNANDO. Sufran la pena que han merecido por necios; no ha sido la culpa nuestra.
- MARIA. No es fácil amar á quien nos humilla y desespera.

ESCENA XII.

FERNANDO, MARIA, CLARA y LUIS.

- CLARA. Conque por nuestra idiotez vuestro amor hemos perdido?
- LUIS. Conque nos habeis querido vosotros alguna vez?
- CLARA. Yo confieso, y es notorio, que con razon me ha olvidado: el pobre pasó á mi lado las penas del purgatorio.
- LUIS. Quien por culpa mia llora, dicha y libertad recobre:

- ya hizo bastante la pobre
en aguantarme hasta ahora.
Mas antes con el perdon
sosegad nuestra conciencia.
- CLARA. Prévía alguna penitencia,
echadnos la absolucion.
- FERNANDO. Ve usted esto?
- LUIS. Vamos; sé
clemente.
- CLARA. Piedad!
(En tono de súplica á Fernando.)
- FERNANDO. Eh, quita.
- LUIS. Perdon, perdon, Mariquita.
- CLARA. Pequé, Fernando, pequé.
(Dándose golpes de pecho.)
- MARIA. Déjame. (Siéntase en el sofá.)
- FERNANDO. Sin más te escucho...
(Siéntase en la butaca.)
- CLARA. Ay, Luis, nuestro ruego es vano.
- LUIS. Qué diablos: ahí va mi mano.
(Sentándose al lado de Fernando y asiéndole una
mano.)
- CLARA. Pues si yo te quiero mucho.
(Sentándose al lado de María y besándola en la
cara.)
- LUIS. Qué tal la niña? (Hablando con Fernando.)
- CLARA. Qué tal
el novio? (Hablando con María.)
- LUIS. Con que dió al traste
con tu juicio? Y qué, soltaste
promesa alguna formal?
(Fernando dará señales de impaciencia y reprimido enojo: María de vivísimo dolor.)
- CLARA. Te habrá jurado...
- LUIS. Es muy bella...
- CLARA. Que aspira á ser tu marido.
- LUIS. Y pues la has comprometido,
debes casarte con ella.
- CLARA. Este es, sin duda, su fin.
- LUIS. Otras más pobres se casan.
- CLARA. Te envidio.
- LUIS. Y cómo se pasan

- CLARA. las noches en el jardín?
Si el amor os subyugó,
solo en fingir hay maldad.
- LUIS. Si dijeseis la verdad,
yo no os culpara.
- CLARA. Ni yo.
- LUIS. Mas cómo llevarlo á bien
si engañarnos se pretende?
- CLARA. Esto es lo que á mí me enciende
la sangre.
(Sin poder ya contenerse y levantándose.)
- LUIS. Y á mí tambien. (Lo mismo.)
- FERNANDO. Yo la tengo achicharrada,
cual plomo hirviendo; y á fé
que si pierdo el tino, haré
una que sea sonada.
- LUIS. No quisiera aguar la fiesta,
pero si en cólera monto...
- FERNANDO. Oh; la cólera de un tonto
sin duda es cosa funesta.
- LUIS. Pues bien... (Con tono provocativo.)
- FERNANDO. Modera tu saña:
veo que estoy en peligro
de contagiarme, y emigro
con toda urgencia de España.
- LUIS. Te vas?
- FERNANDO. No lo oyes?
- CLARA. Te vas?
- FERNANDO. Mañana; resuelto estoy.
- CLARA. Que te vas?
- FERNANDO. Si, que me voy
para no volver jamás.
- CLARA. Pobre de tí! Las ausencias
cuando mucho se dilatan... (Á María)
- LUIS. Valor entendido: tratan
de cubrir las apariencias.
- MARIA. Sois implacables: el cielo
benigno me amparará.
- FERNANDO. Cálmesese usted.
- LUIS. Por acá
- FERNANDO. aún hay quien te dé consuelo.
Contra su fatal destino

- yo á ampararla me consagro;
bien dices.
- CLARA. (Será milagro
que no haga yo un desatino.)
Vente. (A su hermano.)
- LUIS. (Sí, que mi coraje
en vano aplacar deseo.)
(Llegan ámbos á la puerta del foro y allí se detienen.)
- CLARA. Ah!... Por si ya no te veo,
(Volviendo al lado de Fernando.)
que lleves feliz viaje.
- LUIS. (Aléjase de nuevo y otra vez se detiene.)
(Ni aun vuelve el rostro ¡oh furor!
(Por María.)
- CLARA. (Ni aun detenerme procura!)
(Por Fernando.)
- LUIS. Aleve, falsa, perjura.
(Volviendo al lado de María precipitadamente.)
- CLARA. Infame, inicuo, traidor.
(Corriendo hácia Fernando.)
Bien me has hecho padecer.
- LUIS. Bien me has burlado, á fé mia.
- CLARA. Ay de la que en hombres fia!
- LUIS. Ay del que fia en mujer!
- CLARA. Vana ficcion fué tu halago;
tus juramentos blasfemias.
- LUIS. Así mi ternura premias?
- CLARA. Mereció mi amor tal pago?
- LUIS. Y en vano quero evitar
que mi pena al rostro salga!
- CLARA. Bueno fuera, Dios me valga,
que ahora me echase á llorar!
- LUIS. Indigna, torpe flaqueza
que aun hace mayor mi enojo,
mi despecho. Á que me arrojé
por un balcon de cabeza?
Oh inícuca, segun costumbre,
gozas al ver mi tormento:
pues te engañas: ya no siento
ni la menor pesadumbre.
Que has desdeñado mi amor?

Mejor. Que Fernando te ama?
Mejor. Qué arriegas tu fama
por él? Mejor que mejor.
Por él!... Y qué?... Cuando digo
que me alegro... Quién pensara,
quién?... Á ver; vuelve esa cara,
que estoy yo hablando contigo.

CLARA. Hoy que llegué á conocerte,
hoy que el juicio he recobrado,
no se me oculta, malvado,
cuánto gano con perderte.
Y al verme libre de un mal
que ilusa yo apetecía,
ofrezco al santo del día
devocion muy especial.

Tú, hijita, aunque mucho vales
(Acercándose á María.)

y aunque mucho le recluyas,
teme que haga de las tuyas
y á las dos nos deje iguales.

Y si al fin á tí te agravia,
cual á mí me agravia ahora...
suspira, quéjate, llora,
sufré, entonces, sufré y rabia.

FERNANDO. Yo estallo. Ven acá, Luis;
ven tú, Clara; ven acá.

(Asiendo á cada cual de un brazo y trayéndolos
á sí.)

Odio os inspiramos ya?
Esto habeis dicho? Decis
que hoy se rompe la ominosa
cadena que nos unia?
Pues eso quiere María;
pues no quiero yo otra cosa:
que nos odieis: por favor
lo debemos pretender.

Qué odio haria padecer
tanto como vuestro amor?
Decidme otra vez, jurad
que solo por ella existo,
decídmelo. Vive Cristo,
que ya me suena á verdad!

CLARA. Pues no?
FERNANDO. Jurad que por mí
ella en cambio pierde el seso.
Me adora, si; lo confieso.
Dígame usted que sí. (A María.)
LUIS. Y aunque lo niegue...
FERNANDO. (Rechazándolos.) Jamás
espereis volverme á ver.
Oh, qué feliz voy á ser
con no veros nunca más!

ESCENA XIII.

DICHOS, ANTONIO y la MARQUESA

con una carta en la mano.

MARQUESA. Hijos, qué gozo, qué dicha!...
No sabeis?
LUIS. Qué?
MARQUESA. Que ya estan
aquí las dispensas...
LUIS. Cómo!...
MARIA. (Cielos!)
CLARA. Qué dispensas?
MARQUESA. Ba!
Las del Papa.
CLARA. Y qué?
MARQUESA. Me gusta!
Que ya te puedes casar
con tu primo.
CLARA. Si, á buen tiempo
se acuerda Su Santidad...
MARQUESA. Dentro de muy pocos días
aquí se celebrarán
las dos bodas.
LUIS. Qué dos bodas?
MARQUESA. Toma: las vuestras.
LUIS y CLARA. Jamás.
MARQUESA. Válgame todos los santos
de la córte celestial!

- Siempre lo mismo!
- FERNANDO. (Acercándose.) Mi boda con Clara imposible es ya.
- MARQUESA. Fernando!
- CLARA. Mañana sale de Granada.
- MARQUESA. Os chanceais?
- FERNANDO. No: me ausento.
- MARQUESA. Y qué motivo?
- MARIA. Por Dios!... (Bajo á Fernando.)
- FERNANDO. (Bajo á María.) (No hay remedio.)
- LUIS. Hablad alto: que se oiga.
- MARQUESA. Qué tienes, Luis? Qué te ha dado?
- CLARA. Ay, mamá! (Llorando á lágrima viva y abrazando á su madre.)
- MARQUESA. (Á Fernando y María.) Clarita... Qué les habeis hecho? Pronto; contestad, picaronazos. Ay, hijos del alma!
- CLARA. Si creerán que esto ha de quedar así? Vaya, justito, cabal. Harto he callado: ya no callo; quiero, quiero hablar, quiero decirlo.
- LUIS. Ya es hora, ya el silencio está demás.
- CLARA. Fernando me engaña.
- LUIS. A mí me engaña María.
- MARQUESA. Hay tal! Qué rayo de luz! Acaso Antoñito?...
- ANTONIO. Voto á san!... Yo?
- MARQUESA. No es él? (Á Luis.)
- LUIS. No. Quien la quiere...
- CLARA. Á quien ella ama...

- MARQUESA. Acabad.
- CLARA. Es Fernando.
- MARQUESA. Jesucristo!
- LUIS. Si; Fernando es mi rival.
- ANTONIO. (Se están luciendo!)
- MARIA. Imposible
que usted me crea capaz...
(Acercándose á la Marquesa.)
- LUIS. Ves qué insolencia? (Á su hermana.)
- FERNANDO. Son locos,
señora, locos de atar.
- CLARA. Locos? Y te atreves?... Mira
(Á su hermano.)
que es mucho... Si miente más
que habla... y así, con ese
aire de formalidad...
Falso, hipócrita...
(Yendo hácia Fernando.)
- ANTONIO. Clarita...
(Interpaniéndose.)
- CLARA. Que me deje usted en paz!
- ANTONIO. Oh! (Qué víbora!)
- LUIS. Este anda,
(Á su madre.)
á fuer de amigo leal,
en esos teje-maneges.
- ANTONIO. Luis! (Paciencia y barajar.)
(Conteniéndose.)
- MARQUESA. Pero ¿estais seguros?
- CLARA. Como
de que esa es luz.
- MARIA. Por piedad!
- MARQUESA. Qué picardia!
- FERNANDO. Señora...
- ANTONIO. Eh, calla. (Sujetándole.)
- LUIS. Otro en mi lugar
nunca pensara en casarse
con quien no fuera su igual.
Yo á esa pérfida mi nombre,
mis bienes queria dar.
Lo que me sucede es justo
castigo á mi necedad.

- MARIA. Oh!
- FERNANDO. Qué has dicho?
- MARIA. Á una mujer tal injuria? Hace usted mal.
- FERNANDO. Y te llamas noble? Necio, valen más que su beldad tus riquezas? Más tu nombre que su virtud? Lo que dá mérito y fama tan solo en esta vida fugaz, que lo que Dios en el cielo premia con lauro inmortal? Bien dices; razon te sobra: la union era desigual: no mereces tú una dicha que ni aun sabes apreciar.
- CLARA. Lo estás viendo?
(Á su madre.)
- MARQUESA. Qué insolencia! qué!...
- CLARA. Y anoche... no hubo tal ladron...
- MARQUESA. Pues qué hubo?...
- LUIS. Una infamia.
- FERNANDO. La vuestra.
- CLARA. Una iniquidad.
- MARQUESA. Di.
- FERNANDO. Mi encuentro con María en el huerto fué casual.
- MARQUESA. Con que en el huerto?
- CLARA. Á las dos de la madrugada allá los encontré yo solitos.
- LUIS. Tambien yo.
- MARQUESA. Será verdad? Tal escándalo en mi casa!
- MARIA. Me está clavando un puñal.
- FERNANDO. Por favor.
- MARQUESA. Aparta. Así paga la hospitalidad que le hemos dado. Qué ejemplo para mi hija!

- MARIA. Esto más!
- ANTONIO. (Por vida!...)
- FERNANDO. Mayor cordura
(Á la Marquesa.)
piden en usted su edad,
sus deberes...
- LUIS. Á mi madre
osas por ella insultar?
Fernando!
- FERNANDO. Luis!
- MARQUESA. Ay! Qué intentan?
- ANTONIO. (La bola de nieve!)
- MARQUESA. Sal,
sal de aqui. (Á Fernando)
Tú... (Á María.)
- MARIA. Quien á Clara
tan malos ejemplos dá,
debe marcharse tambien.
- MARQUESA. Conque te quieres marchar?
- CLARA. Pues; para amar á Fernando
con entera libertad.
- MARIA. Me voy porque aqui padece
mi decoro.
- MARQUESA. Entonces haz
lo que gustes, hija; dueña
eres de tu voluntad.
- MARIA. Falso es lo que hoy se me imputa;
pero otros yerros quizá
cometí. Perdon: lo imploro
(Arrodillándose á los piés de la Marquesa.)
de rodillas; y en señal
de respeto y de cariño,
permitame usted regar
con lágrimas esta mano
amparo de mi orfandad.
(Besándole una mano.)
- MARQUESA. Mas... qué... de veras?...
(Enternecida.)
- MARIA. Dios mio!
Usted llora?
(Levantándose.)
- MARQUESA. Es natural

- que una... porque al fin...
- MARIA. Oh, gracias;
gracias. Qué felicidad!
(Besándole de nuevo las manos.)
- CLARA. No sabe la niña. Con
cuatro mimos...
(Con despecho)
- MARQUESA. (Enojada.) Callarás?
- CLARA. (Sollozando amargamente.)
Bueno!... Ya nadie me quiere:
ni mi madre...
- MARQUESA. Oh, ven acá, tontuela. (Va hacia ella como para consolarla.)
- FERNANDO. Ves qué mujer? (Á Antonio)
Si la inspira Satanás.
- LUIS. No hables así de mi hermana.
Mira que!...
- ANTONIO. Por San Froilan
bendito!
- MARQUESA. Luis! Otra vez?...
Mal hijo! Á matarme vais
entre todos.
- CLARA. Eso; riñe,
riñe á mi hermano, que es gran
delito ampararme. Sigue
tú, Fernando, que á mamá
le agrada oírte. Coloca
á María en un altar,
como es justo; y para mí
despues no haya caridad.
Me muero, me muero!...
- MARQUESA. Ay, Dios!
Clarita... Algo le va á dar!...
Vea usted... (Á Antonio con gran ansieda.)
- ANTONIO. No; yo no puedo
curar esa enfermedad. (Retrocediendo.)
- LUIS. Ojalá que se muriese:
más le valdria! Ojalá
que yo me cayese aquí
redondo!
- MARQUESA. Qué atrocidad!
Ay, Virgen de las Angustias!

JUANA. Tunante. (Dentro.)
PEDRO. Aguarda. (Dentro.)
JUANA. Animal,
borracho.
MARQUESA. No ois?
JUANA. Señora,
señora. (Sale corriendo por el foro.)
PEDRO. Te he de matar. (Persiguiéndola.)

ESCENA XV.

DICHOS, JUANA y PEDRO.

MARQUESA. No hay mas; todos estan locos,
(María váse por la izquierda, y vuelve á poco
con una mantilla puesta.)
todos. Por qué así venis?
Qué hay?
JUANA. Que el señorito Luis
me anda haciendo zorroclocos.
MARQUESA. Qué... qué dice?...
JUANA. Aunque yo oculto
lo tuve... pues; mi marido,
que es muy galgo, se lo ha olido,
y quiere zurrarme el bulto.
MARQUESA. Pero es cierto?...
PEDRO. He de acabar
con ella. Y usted... (Encarándose con Luis.)
MARQUESA. Qué horror!
LUIS. Dí.
PEDRO. Usted es un seductor.
MARQUESA. Jesus!
LUIS. Te voy á estrellar. (Yendo á él.)
PEDRO. Socorro. (Corriendo.)
LUIS. Aguarda, maldito.
Pues en mejor ocasion...
PEDRO. Señora, por compasion!
(Poniéndose detras de la Marquesa.)
JUANA. Mátele usted, señorito.
MARQUESA. Vamos, di; que es esto?

- LUIS. (Á Luis, deteniéndole.) Celos
quise dar á esa traidora,
á esa inícuca.
(Viendo salir á Maria.)
- MARIA. Adios, señora.
- MARQUESA. Conque al fin... (Con pena.)
- MARIA. Saben los cielos...
- MARQUESA. Nada me digas.
- MARIA. Qué horrible
situacion! (Sin decidirse á marcharse.)
- LUIS. Cuánta doblez,
digo yo.
- CLARA. Se irá otra vez;
lo que es hoy...
- MARIA. Basta.
(Alejándose. Fernando la detiene.)
- FERNANDO. Es posible
que el corazon no os taladre
mirarla en trance tan duro?
Es inocente: lo juro
por la gloria de mi padre.
Vuelva usted á la razon,
señora. Tú, Luis, repara
lo que vas á hacer. Tú, Clara,
no tienes mal corazon.
- LUIS. Cómo en el dolor se abisma;
cómo por ella desmaya
su altivez.
- CLARA. Oh; que se vaya,
ó he de arrojarla yo misma.
(Fernando da un grito de indignacion. Antonio
expresa con sus ademanes el horror que le causa
la conducta de Clara. La Marquesa trata de spa-
ciguarla.)
- MARIA. Gran Dios!
- JUANA. Vámonos de aquí,
señorita. (Llorando.)
- MARIA. Ven conmigo,
sí. (Apoyándose en ella.)
- LUIS. La execro.
- CLARA. La maldigo.

- FERNANDO. Apóyese usted en mí.
(Asiendo un brazo á María y haciéndola que lo apoye en el suyo.)
- MARIA. Oh!
- CLARA. Cómo!
- FERNANDO. Firme sosten (Á todos.)
prestarla tranquilo puedo.
Apóyese usted sin miedo: (Á María.)
la ampara un hombre de bien.
- MARQUESA. Salid, pues.
- CLARA. Juntos los dos?
- LUIS. Salid.
- FERNANDO. Estéril encono.
- MARIA. Te desprecio. (Á Luis.)
Te perdono. (Á Clara.)
- ANTONIO. Bien, Fernando!
- MARIA. Adios.
- FERNANDO. Adios.
- (Vánse María, Fernando, Antonio, Juana y Pedro por la puerta del foro.)

ESCENA XVI.

CLARA, LUIS, la MARQUESA, y despues PEDRO.

- CLARA. (Juntos.)
- MARQUESA. Qué día!
- CLARA. Y se irán!
- LUIS. Sin duda. (Aparentando tranquilidad.)
(Y yo me contengo?)
- CLARA. Se van!
- LUIS. Valor.
- CLARA. Sí lo tengo;
pero ¿no ves que se van?
- LUIS. Pues riete... como yo... (Riéndose.)
- CLARA. Sí... ya me rio... me rio...
(Riendo con expresion angustiosa.)
Míralo...
- LUIS. Clara!
- MARQUESA. Dios mio!
- CLARA. No se irán: mil veces no.

(Corriendo hácia el foro: Luis y la Marquesa la detienen.)

LUIS. MARQ. Oh!

CLARA. Soltad. Aleve, ingrato!

(Luchando por desprenderse de los brazos de su hermano y su madre.)

Soltad. Fernando, Maria...

(Corriendo otra vez hácia el foro y llamándolos á gritos.)

PEDRO. Se fueron!

(Presentándose en la puerta del foro cuando Clara va á salir por ella.)

CLARA. Madre!

(Arrojándose en sus brazos.)

MARQUESA. Hija mia!

(Estrechándola contra su seno.)

LUIS. (Ó él me mata, ó yo le mato.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion humilde en una casa de campo. Puerta en el foro: otras á la izquierda en primero y segundo término.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO y JUANA.]

- PEDRO. Juana, Juanilla ¿será
verdad que al fin te recobro?
- JUANA. Verdad es: qué ha de hacer una?
Tengo yo un alma...
- PEDRO. De corcho.
No me hicieras penar tantos
días á no ser un monstruo;
que ya de angustia y coraje
bramaba yo como un toro.
Y mira, Juana; por estas;
(Juntando las manos en cruz y besándolas.)
si hoy no te ablandas, me ahorco.
- JUANA. Pues lo pasado pasado
y vida nueva, pimpollo.
- PEDRO. Jesucristo; no me digas
requiebros, que me acongojo.
Niña mia, resalada,

cara de cielo, tesoro
de mi corazón.

JUANA.

Pero, oye:

se acabó el estar celoso.
Que no has de alzarme la mano.
Que no has de armar alboroto
porque me miren.

PEDRO.

Corriente.

JUANA.

Ni porque me echen piropos.

PEDRO.

Bueno.

JUANA.

Ni porque me abracen.

PEDRO.

Mujer!...

JUANA.

Ni por que...

PEDRO.

Un demonio!

JUANA.

Lo dicho, dicho: si no
lárgate, y punto redondo.

PEDRO.

Callaré aunque vea...

JUANA.

Qué

podrás ver que sea impropio
de una mujer tan honrada
como yo? No hagas el tonto,
y habrá paz.

PEDRO.

Bueno: descuida;

ya verás cómo me porto.
Ahora es preciso que juntos
busquemos un acomodo.

JUANA.

Ya sé que también te fuiste
de allá.

PEDRO.

Estaba tan furioso

que al instante hice mi atillo
y me planté en el arroyo.

JUANA.

Lo que es yo me quedo aquí,
marido, yo no abandono
á mi señorita; y eso
que estoy... caramba, hasta el moño,
de vivir en campo raso.

Para ocultar su bochorno
y su pena, á esta casita
que le buscó don Antonio
se vino la pobre, y sola
con ella, sin mas holgorio
que verla llorar, me aburro

de veras. Cierto es que como
y apenas trabajo; pero
yo perdonaria el bollo
por el coscorrón.

PEDRO. Pues deja
que allá se las hayan solos.
Que la consuele el querido.

JUANA. Qué querido?

PEDRO. Bah, no ignoro
lo que pasa. Ya lo cuentan
en Granada hasta los loros.
Qué alhaja salió la niña!
Quién lo pensara de un mozo
como don Fernando, siempre
al parecer tan juicioso?

JUANA. *Más mata una mala lengua
que la mano del verdugo,
que el verdugo mata á un hombre
y ella mata á todo el mundo.*
Bien dice la copla. Cuándo
se venderán en manojos
las malas lenguas? Qué pisto
haría yo tan sabroso
con ellas! Pues me ha gustado
que creas tales embrollos
también tú.

PEDRO. Yo digo...

JUANA. Calla.

PEDRO. Mujer...

JUANA. Calla, ó te acogoto. (Amenazándole.)

ESCENA II.

DICHOS, y MARÍA.

Sale por la puerta de la izquierda de segundo término.

MARIA. Qué es eso?

PEDRO. Nada... Que estamos
haciendo las paces...

JUANA. Poco

durarán. Ay, señorita,
sepa usted que este galopo

es tambien de los que creen
que usted...

PEDRO. Por San Pedro Apóstol.

(Bajo á Juana.)

JUANA. Y el señorito Fernando...

PEDRO. (Se empenó.)

JUANA. Pues...

MARIA. (Qué sonrojo,
qué humillacion!)

JUANA. Dios me libre
de un hombre tan malicioso..

PEDRO. Como uno dice lo que oye
decir... Pero no es lo propio
decir que creer las cosas;
y á mí me sobra meollo
para conocer que usted
no es capaz... Y que un antojo
cualquiera lo tiene: el diablo
nos tienta... y el...

JUANA. Me sofoco!

MARIA. Dejadme.

JUANA. Vente.

PEDRO. Qué dije

de malo?

JUANA. Si ya estás chocho.

MARIA. Alguien sube la escalera.

MARIA. Mira quién es. (Con anhelo.)

JUANA. Lo supongo.

PEDRO. (Pues, el otro.)

(Vánse por el foro Pedro y Juana.)

ESCENA III.

MARIA, y á poco ANTONIO.

MARIA. Ya era tiempo.

No habrá para mí reposo
hasta haberle dicho... Mal
tan crudas penas soporto.

ANTONIO. Á los piés de usted.

MARIA. No viene

Fernando?

- ANTONIO. Rato muy corto
debe tardar.
- MARIA. Ya hace días
que no le veo.
- ANTONIO. Exigiólo
usted misma, ¿y le sorprende
que no venga?
- MARIA. Ya es forzoso
que nos veamos.
- ANTONIO. (Y aún juran
que... Si me tendrán por hobo?)
- MARIA. Vendrá hoy?
- ANTONIO. Por fuerza. Usted
aquí y en Granada el novio,
mal pudiera celebrarse
la boda.
- MARIA. Cómo! Tan pronto!
Será posible?...
- ANTONIO. Ay, señora,
sabe usted lo que nosotros
hemos corrido estos días?
Hoy por fin no queda estorbo
que allanar: todo se ha hecho
á escape y con el más hondo
sigilo. Quizá Fernando
me siga ya presuroso,
y en breve llegará el cura
que en término perentorio
ha de enlazarlos á ustedes
per secula seculorum.
- MARIA. Pero esa urgencia?...
- ANTONIO. Fernando
tiene pendiente un negocio
para despues.
- MARIA. Corra usted
en su busca.
- ANTONIO. Ahora?
- MARIA. Que todo
se suspenda; que al momento
venga á verme.
- ANTONIO. Estoy absorto.
- MARIA. Tal enlace no es posible.

- ANTONIO. Pues usted al fin?...
- MARIA. Deploro
haber cedido á sus ruegos.
- ANTONIO. No es digna acaso de encomio
su intencion?
- MARIA. Ay, Dios! No cabe
proceder más generoso.
- ANTONIO. Por qué quiere usted entonces
evitar?... No hay otro modo
de salvarla á usted. Así
no más se pondria coto
á viles murmuraciones.
- MARIA. Oh, que arrastren por el lodo
mi fama; nada me importa.
Corra usted.
- ANTONIO. Si ya es ocioso...
ya nada puede tardar...
- MARIA. Corra usted, por Dios.
- ANTONIO. Bien, corro,
(Váse por el foro.)

ESCENA IV.

MARIA.

Cómo á sus instancias pude
ceder al fin? Qué trastorno
padeció mi mente cuando
estimé tal matrimonio
posible? Fué todo en mí
ansia de evitar mi oprobio,
de vengarme al mismo tiempo
de Luis, y hallar el apoyo
que he menester en Fernando,
ó además tuvo algun otro
móvil mi condescendencia?
No: sin duda me equivoco.
Gratitud es lo que siento
por él; gratitud tan solo.

ESCENA V.

MARIA y CLARA.

Clara entra por el foro cubierto el rostro con el velo ó mantilla que traiga. Detiéndose á alguna distancia de María y descúbrese.

MARIA. Quién es? Qué veo? Tú aquí?

CLARA. Yo, María, yo que pongo mi necio orgullo en olvido, yo que tu favor imploro.

MARIA. Mas qué significa?...

CLARA. Sola, exponiéndome al enojo de Luis, causando á mi madre nuevo dolor, abandono mi casa y vengo á la tuya. Por qué? Contempla mi rostro; mira cuánto he padecido, y si tu perdon no logro...

MARIA. Me pasma oírte.

CLARA. He cambiado mucho.

MARIA. Sí?

CLARA. No me conozco yo á mí misma. Fué indiscreto mi proceder, fué alevoso, amases ó no á Fernando.

MARIA. Luego lo dudas?

CLARA. Tu asombro es natural. Hoy lo dudo, y ántes... Pero hoy reflexiono con más calma. Bien pudimos engañarnos, que no somos infalibles. Á eso vengo también: habla sin rebozo, dime la verdad.

MARIA. Y acaso me darás crédito?

CLARA. Cómo

no? Se acabaron mis celos:
de veras.

MARIA. Pues te respondo
de que él no me quiso nunca,
ni yo le quise tampoco.

CLARA. No me engañas?

MARIA. No.

CLARA. Qué dicha
tan grande! Cuánto le adoro!
Fernando mío! Sin él
me muriera.

MARIA. (Dios piadoso,
qué iba yo á hacer!)

CLARA. Quiero hablarle,
pedirle perdon.

MARIA. Muy pronto
le verás.

CLARA. Dónde?

MARIA. Aquí mismo.

CLARA. Vendrá?

MARIA. De fijo.

CLARA. Incomodo
tal vez?

MARIA. Clara! Y me decias...

CLARA. Afirmas con tanto aplomo
que vendrá de fijo.

MARIA. Y qué?

CLARA. Mi necedad reconozco:
se acabó.

MARIA. Sabe ademas
que pretende ser mi esposo.

CLARA. Qué escucho? Y pude creerte?

MARIA. Otra vez?

CLARA. Leo en el fondo
de tu corazon: comprendo
que os amais. Sacia tu encono,
tu rencor: véngate ahora
burlándote de mi lloro,
de mi congoja. Casáos. (Dirigiéndose al foro.)
No, Clara.

MARIA. No? (Volviendo al lado de Maria.)

CLARA. Yo me opongo...

MARIA.

- CLARA. Mas Fernando?...
- MARIA. Caballero,
honrado y pundonoroso,
á costa de un sacrificio
quiere evitar mi desdoro,
salvar mi fama, que habeis
comprometido vosotros.
Pero te ama. Quede yo
sin honra. Sea él dichoso,
y tú con él.
- CLARA. Ni siquiera
merezco besar el polvo
que tú pisas. Oh, qué injusta
soy contigo.
- MARIA. Te perdono:
ya lo dije.
- CLARA. Mas ahora
no condenes mi alborozo.
Luis... En vano supliqué,
en vano me vió en el colmo
del dolor... Hoy con Fernando
quiere batirse.
- MARIA. Qué oigo?
- CLARA. Verdad, María, verdad
que esto seria horroroso?
- MARIA. Sí, Clara.
- CLARA. El uno mi sangre,
alma de mi alma el otro.
Solo de pensarlo, creo
que falta de aire me ahogo.
Qué fortuna haber venido,
cediendo al grito imperioso
de mi corazón! Fernando
no te ama; ni por asomo
le quieres tú: le hablaremos
las dos, y luego entre todos
convenceremos á Luis.
Ni temas que tu decoro
quede manchado. Si el pobre
está muerto por tus ojos.
Y ¿qué ha de hacer cuando sepa
la verdad? Volverse loco

de alegría; darte al punto
su nombre.

MARIA. No le ambiciono:
jamás le aceptára.

CLARA. Deja
que te abrace en testimonio
de amor fraternal: tu pecho
no puede ser rencoroso.

(Abrazando y besando á Maria.)
MARIA. Si esa noble confianza
se desvanece al soplo
más leve...

CLARA. Nunca. No oiste?
(Asomándose á la puerta del foro.)
Será él?

MARIA. Sin duda.

CLARA. Oh, gozo!
(Como asaltada de una idea repentina.)
Si me ofrecieses callarle
mi venida.

(Sin dejar de mirar al foro en todo lo que resta
de esta escena.)

MARIA. ¿Á qué propósito?

CLARA. Para oírle oculta.

MARIA. Clara,
Clara!... Mas sí; me conformo:
ocúltate.

CLARA. No le harás (Aléjase y vuelve.)
gesto ni seña?...

MARIA. Qué odioso
recelar!

CLARA. Júralo.

MARIA. Bien;
lo juro y al ciego tomo
por testigo. Á ver si al fin
te convences.

CLARA. Es chistoso
que creas... Bien convencida
estoy, pero...
(Como si sintiese llegar á Fernando)

Aquí me escondo.
(Ocúltándose precipitadamente por la izquierda)

MARIA. Mucho me cuesta: no importa.

ESCENA VI.

FERNANDO y MARIA.

FERNANDO. Es cierto, Maria, es cierto lo que me han dicho? Pues cómo ha cambiado usted tan presto de resolucion?

MARIA. Si un dia acepté el ofrecimiento que se me hace, fué sin duda porque no estabí en mi acuerdo. Ya usted cumplió sus deberes de amigo y de caballero: no quiera Dios que yo abuse de tal bondad. Me avergüenzo de mi egoismo.

FERNANDO. Señora, ese es un vano pretexto. Usted por ellos pretende sacrificarse de nuevo. Lo merecen? Aunque fuera posible un avenimiento, ¿deberíamos nosotros condenarnos á un perpétuo martirio? Ni hay quien se exponga al público menosprecio casándose con usted, despues del grave suceso que nadie ignora y produce tanto escándalo.

MARIA. Yo tengo por dicha muy bien sentada mi reputacion.

FERNANDO. Por eso mismo; que siempre causó mucho gozo en este infierno ver la caida de un ángel. Luis dice que nos queremos; lo dice Clara y tambien

la Marquesa; en un momento de irreflexion de su casa juntos salimos: con ménos basta para que una jóven quede perdida.

MARIA. Yo creo que usted exagera.

FERNANDO. No, por desgracia no exagero. Si usted no se une conmigo perdida está sin remedio. Ceda usted, por Dios, María: ya todo se halla dispuesto; y aquí mismo un sacerdote, que debe llegar muy luego...

MARIA. Fernando, nunca: imposible.

FERNANDO. Pues sépalo usted: hoy debo batirme con Luis.

MARIA. No ignoro ese bárbaro proyecto que no ha de llevarse á cabo.

FERNANDO. Hoy mismo. Sobrado tiempo, porque usted lo quiso, humilde soperté mi vilipendio; y si hoy no me bato, Luis, lo que ayer juró cumpliendo, pondrá su mano en mi rostro. Yo no puedo, yo no quiero atentar contra su vida; él de mi sangre sediento, seguro es que ha de matarme. Déjeme usted que á cubierto ponga su decoro; así despues moriré contento. Y usted con otro enlazada más feliz, logre el afecto de esposa gozar y el santo amor de madre. Y si puedo haré que Luis reconozca su injusticia, porque veo que usted le quiere á pesar de todo. Cuando, vertiendo

mi sangre, sacie su furia,
yo por mi descanso eterno
juraré que no es culpada
su María: en tal momento
de mis palabras acaso
no dude, y, viéndome muerto,
tal vez á usted volverá
curado de infames celos.
(Qué corazón! Dios benigno,
protégeme.)

MARIA.

FERNANDO.

No merezco
que usted me responda? Es fuerza
que al instante nos casemos.

No bien esté celebrada
la union, yo marchó, me alejo
de usted, y voy á morir.

MARIA.

No es puro y noble mi intento?
Usted delira, usted lleva
su abnegacion á un extremo...

FERNANDO.

La vi á usted desamparada,
la amparé; la vi de acerbos
dolores presa, fué justa
mi piedad; la vi sufriendo
todo linaje de insultos,
la indignacion y el deseo
de evitar tales desmanes
mi pecho agitaron: viendo
la prudencia, la sublime
resignacion, el aliento
sobrehumano con que un dia
y otro soportaba el peso
de sus males, en usted
admiré sin par modelo
de nobles mujeres: hoy
que en duda su honor se ha puesto,
ansio restaurarle, cifro
toda mi ventura en ello.
Este natural conato
de dar al triste consuelo,
de amparar al débil; esta
piedad debida; este aprecio,
esta admiracion que usted

merece; este sentimiento
de justicia que me inflama
en ansia de poner freno
á vil calumnia; la voz
de mi deber... todo esto;
y luego el vivo contraste
que ofrece el trato halagüeño
de usted, su candor sencillo,
su amable virtud, sus tiernos
sentimientos, comparados
con los vicios y defectos
de Clara, altiva, soberbia,
suspica, impía; y luego
aquel recelar continuo,
aquel padecer eterno,
aquel vivir insufrible
á que por error ajeno
me vi condenado siempre :
y luego el maldito empeño
de ambos hermanos, que hacian
aun más tenaz, más tremendo
singulares circunstancias,
hijas de acaso funesto;
y luego quizá el destino,
el cielo quizá, el infierno
tal vez... En profundo mar
de conjeturas me pierdo,
contra mí mismo batallo,
á mí propio no me entiendo;
no sé que extraña influencia
Clara y su hermano ejercieron
sobre mí; solo una cosa
ya por indudable tengo,
por indudable, y á gritos
ahora me lo está diciendo
mi corazon y es, María,
que la adoro á usted con ciego
frenesí; tanto, que en vano
guerrá explicarlo mi acento.
MARIA. (Cielos, me ama! (Con íntimo gozo.)
Qué digo!...

(Viendo moverse la puerta por donde ántes entró

- Clara.)
Y Clara nos está oyendo!)
FERNANDO. Qué me indica esa zozobra,
esa ansiedad?...
MARIA. Oh, silencio,
silencio.
FERNANDO. Mil y mil veces
lo diré.
MARIA. Sí, bien comprendo
que usted con mentiras trata
de hacer que yo más pequeño
juzgue el sacrificio...
FERNANDO. Usted
lo que sabe es que no miento.
MARIA. Luego entonces miento yo?
FERNANDO. Una palabra. Ni aun sueño
que usted me queda querer:
pero si un bien tan supremo
lograra, si tanta fuese
mi dicha...
MARIA. Hay tal fingimiento?
FERNANDO. Se burla de mí!
MARIA. Fernando,
á usted le ciega el despecho
porque aún idolatra á Clara.
Renuncie usted á ese duelo
y únase con ella.
FERNANDO. Nunca.
MARIA. Acceda usted á mis ruegos.
FERNANDO. Mil muertes ántes
MARIA. Dios mio!
Es que Clara...
FERNANDO. Odio, desprecio
me inspira, y usted amor
puro, inextinguible, inmenso.
MARIA. Perdónela usted.
FERNANDO. Jamás.
Ya lo dije, la detesto.
MARIA. Míreme usted á sus plantas.
(Arrodillándose.)
FERNANDO. No; jamás.

ESCENA V II.

DICHOS y CLARA.

CLARA.

Alza del suelo!

(Sale, coge de un brazo á María y la levanta con violencia. Fernando, al salir Clara, da un grito de sorpresa; María de dolor: aquel despues inclina la cabeza, y esta se oculta el rostro entre las mano.)

Por qué me quieres hacer limosna que no pedí?

Responde. Que esta mujer tenga lástima de mí!

Si cuando miente es ahora; si él á ti nunca te amó;

si él, no hay duda, á mí me adora, solo á mí; pues no que no.

Á ti sola, á ti te amaba, y en callártelo hizo mal,

que no por callar dejaba de ser falso y desleal.

Y ya que al fin lo revela, todo hecho azúcar y miel, fuera escrúpulos, tontuela; cástate al punto con él.

Yo soy jóven todavía; honrada y noble nací; y quizá encuentre algun dia esposo digno de mí.

Más cuenta que yo en la boda os tengo de apadrinar:

esta es mi exigencia toda, yo os conduciré al altar.

Y sin más, mil parabienes recibid y hasta despues.

(Oh, se me saltan las sienas: ni acierto á mover los pies.)

(Dirigese al foro y tropieza con un mueble.)

FERNANDO.
MARIA.

} Oh!

CLARA. (Yendo hácia ella como para prestarle auxilio.)
Quietos... Gracias... Repito...
(Felices serán los dos,
y yo en tanto...) Adios primito.
Quietos dije...
(Con ira al ver que insisten en seguirla.)
Adios, adios.

ESCENA VIII.

DICHOS, ANTONIO y despues LUIS.

ANTONIO. Chico, chico.

(Saliendo azorado por la puerta dal foro.)

FERNANDO. Qué hay, Antonio?

ANTONIO. Luis viene detras de mí.

MARIA. Luis?

ANTONIO. El mismo: hecho un demonio,
porque su hermana está aquí.

CLARA. A tiempo llega.

MARIA. No agraves

el mal: compasion.

CLARA. Descuida.

LUIS. Te hallo al fin.

(Al aparecer en la puerta del foro.)

CLARA. Sí; ven. No sabes?

Le he estado oyendo escondida.

(Señalando á Fernando.)

LUIS. Sal de esta casa.

CLARA. Es su amante:

ya lo sabemos de fijo.

LUIS. Sal de aquí.

CLARA. Me irá al instante...

Y le dijo...

LUIS. Qué le dijo!

(Sin poder dominarse y acercándose á su hermana con vivísimo interés.)

CLARA. Que ya no me quiere á mí,
que no me quiso jamás,
que á ella la adora, y así...
no sé cuántas cosas más.

LUIS. Y eso te sorprende acaso?

- MARIA. Clara!...
- ANTONIO. (Bien me lo temía.)
- CLARA. Bah, si lo mejor del caso
no te he dicho todavía.
- LUIS. Dilo.
- MARIA. Clara, estás abriendo
á nuestros pies un abismo.
- LUIS. Qué hay? Acaba.
- CLARA. Ya te entiendo.
(Á Maria irónicamente.)
Que quieren casarse hoy mismo.
(Á su hermano.)
Eso quieren?
- LUIS.
- FERNANDO. No es verdad
que ella lo quiera tambien.
- CLARA. Hoy se casan
- MARIA. Por piedad.
- LUIS. Sígueme, Fernando: ven.
- MARIA. Qué pretendes, desdichado?
- LUIS. Dar castigo á ese traidor.
- CLARA. Y yo que habia olvidado!...
- LUIS. Calma, calma tu furor. (Á Luis.)
No me sigues?
- FERNANDO. No.
- LUIS. Por qué?
- FERNANDO. Aún segun nuestro convenio,
no es hora.
- LUIS. Me gusta. Á fé
que el hombre es vivo de génio.
Armas en mi coche traje;
fuera estamos de poblado;
haz un poco de coraje
y el cuento es cuento acabado.
- FERNANDO. Hasta la hora convenida...
- LUIS. Tratos de huir: lo presiento.
- FERNANDO. Oh! (Avanzando hácia Luis.)
- MARIA. Respete usted su vida. (Deteniéndolo.)
- ANTONIO. Renuncia á tu loco intento. (Á Luis.)
- LUIS. Que yo renuncie?... Á mi hermana
condenando á eterno lloro,
hace su esperanza vana,
pone en riesgo su decoro:

vendiéndose por amigo,
me roba á mí la mujer
á quien tanto quiero... digo,
á quien pensaba querer.
Mi madre por él está
de tal manera afligida,
que el crudo golpe quizá
el plazo acorte á su vida.
Y cuando en mi justa furia,
tan lleno ya de razon,
de una y otra y otra injuria
le pido satisfaccion;
porque él en tono muy grave
responda solo: «no puedo,
no debo», que es, ya se sabe,
como decir «tengo miedo»,
¿yo no he de vengarme, yo
por contento me he de dar,
y todo aqui se acabó,
y pelillos á la mar?
Vive Dios! Eres tan necio
como infame.

FERNANDO.

Luis!

(Procurando contenerse.)

ANTONIO.

Repara... (Á Luis.)

LUIS.

Si digo que te desprecio.

(Acercándose á Fernando, á pesar de que Antonio trata de detenerle.)

FERNANDO.

Luis! (Mas irritado.)

LUIS.

Y te escupo á la cara. (Frenético de ira.)

CLARA.

Advierte...

LUIS.

Cobarde.

FERNANDO.

Cesa.

LUIS.

Cobarde, sí; lo repito.

FERNANDO.

Ven, pues.

(Dirigiéndose al foro.)

LUIS.

Al fin! Ya es empresa
enfadar á este amiguito.

ANTONIO.

Sí, castiga su insolencia,
puesto que así te provoca.

MARIA.

Tambien usted?

ANTONIO.

La paciencia

- de un santo sería poca.
- MARIA. Ruégale tú.
- CLARA. Ni merece que le castigue tu mano. Déjale.
- LUIS. Más me enfurece (Á Maria.) tu súplica.
- MARIA. Todo en vano!
- FERNANDO. La muerte de Luis sería causa de dolor tremendo: ya lo sabe usted, Maria, yo á nadie aflijo muriendo.
- MARIA. Noble eres, Luis; ya has oido que tu muerte no desea, que va á morir decidido.
- LUIS. Despues cambiará de idea.
- MARIA. Por tu madre, por el cielo.
- LUIS. Por nada.
- MARIA. Pues bien; Fernando va á renunciar á ese duelo.
- LUIS. Tú lo exiges? (Irónicamente.)
- MARIA. Yo lo mando. Usted morir! Quién reclama (Á Fernando.) tal sacrificio? Crüel, (Á Luis.) óyelo bien. Él me ama y yo... yo le adoro á él.
- CLARA y LUIS. Oh!
- FERNANDO. Qué escucho?
- CLARA. Al fin se vende.
- FERNANDO. Será cierto?
- ANTONIO. (Bueno va!)
- CLARA. Le ama!
- LUIS. Le ama!
- MARIA. Qué os sorprende? Pues no lo sabiais ya? Le amo, sí.
- FERNANDO. Gracias, señora.
- MARIA. Aún hay quien llanto derrame por usted.
- LUIS. Calla, traidora.
- FERNANDO. Oh, qué dicha!
- CLARA. Calla, infame.

- LUIS. Sígueme ó en nada reparo.
- FERNANDO. Tú de ámbos serás testigo. (Á Antonio.)
- ANTONIO. Qué he de hacer?
- MARIA. Mi amor declaro,
¿y nada en cambio consigo?
- FERNANDO. Cómo evitar este lance?
Y si usted me tiene amor,
¿no debo yo á todo trance
guardar intacto mi honor?
- MARIA. Hoy me llama usted su esposa
si consiente en no reñir.
- LUIS. Él tu marido?
- CLARA. Si es cosa
de no poderlos oír!
- FERNANDO. Aceptara usted mi nombre?
- MARIA. Con orgullo y con placer.
- CLARA. Y yo he querido á este hombre!
- LUIS. Y yo quise á esta mujer!
- FERNANDO. Amor el tuyo funesto:
ya no hay nada entre los dos:
y ojalá nunca... Oyes esto?
- CLARA. Ea, mátale por Dios.
- MARIA. Qué horror! Piedad!
- LUIS. No la esperes.
- MARIA. Matadme primero á mí.
- LUIS. Ahora detenernos quieres?
- MARIA. No saldrás.
(Colocándose delante de la puerta del foro.)
- LUIS. Quitá de ahí.
(Asiendo á Maria de un brazo, y trayéndola
hasta cerca del proscenio.)
- FERNANDO. Partamos.
(Saliendo con Antonio por la puerta del foro.)
- MARIA. Y en su alma cabe
tal rigor!
(Por Fernando.)
- LUIS. Nadie te ampara.
(Váse y cierra la puerta.)
- MARIA. Y cierra... y quita la llave.
(Corriendo hácia el foro.)
- FERNANDO. Adios, María. (Dentro.)

LUIS.

Adios, Clara. (Dentro.)

ESCENA IX.

CLARA y MARIA.

MARIA.

Por tí corren dos hermanos
á matarse, alma de fiera.
Ay de tí! Muera el que muera,
ese habrá muerto á tus manos.
Y aún tu maldad te envanece?
Y aún tu crimen no te espanta?

CLARA.

Si muere Luis... Virgen santa!
Pues si Fernando perece...
Por mí se van á matar;
no hay duda, por culpa mia...

MARIA.

Á matarse! Y tú, Maria,
los has dejado marchar?
Lo ves? Al fin, desdichada,
cesó tu insensato alarde?

CLARA.

Ya es tarde! (Con profundo dolor.)
Para qué es tarde?

MARIA.

Dímelo. No digas nada.
Esas puertas?..

CLARA.

Todas dan
á aposentos interiores.
Aún debieron ser mayores
tus ruegos, mayor tu afan.

MARIA.

Harto vieron mi afliccion,
harto he gemido y rogado.

CLARA.

Y qué? Nada? Se han marchado?
Si no tienen carazon!

MARIA.

Infeliz, ahora te aflige
lo que hace poco anhelabas.
A qué decir que le amabas?

CLARA.

No mentí cuando lo dije.

CLARA.

Ese es castigo bastante
para mi culpa.

MARIA.

Ademas
á un hermano llorarás,
ó al triste que fué tu amante.

- CLARA. Salva á mi hermano, gran Dios!
Qué digo? Salva á Fernando.
Dios mio, estoy blasfemando.
Á los dos, salva á los dos!
- MARIA. Mucho vas á padecer.
CLARA. Socorro, favor!... Gritemos.
MARIA. Y á qué gritar?...
- CLARA. Pues qué haremos!
Hagamos algo, mujer.
MARIA. Esperar en Dios.
CLARA. Jamás
la esperanza en Dios perdí.
Esperar en Dios, sí, sí;
pero algo más, algo más.
Favor! Cerraron la puerta:
bien dijiste. Y Luis sin duda
la cerró. Ven: dame ayuda.
Pronto la verás abierta.
- MARIA. No es posible.
CLARA. Por qué no?
Ven; mis esfuerzos imita.
No; nada... Puerta maldita!
Y ha de poder más que yo?
- MARIA. No hay remedio. Ay, infelices
de nosotras!
- CLARA. Qué tormento!
MARIA. Tal vez en este momento!...
- CLARA. Mira, por Dios, lo que dices.
(Poniéndole la mano en la boca.)
Supones que ya?... Mal haces;
ni lo imagines siquiera.
Crímen espantoso fuera
de que ellos no son capaces:
que si la furia les hizo
olvidarse aquí de todo,
luego. . . Aún tiembas de ese modo?
Pues yo bien me tranquilizo.
Segura tienen la vida:
conque tu ansiedad reprime
y no calles; habla: dime
que te das por convencida.
Cualquiera de ellos que osare

hacer al otro algun daño...
Verás cómo no me engaño,
verás...

MARIA y CLARA. ¡Oh!

(Suenan fuertes golpes en la puerta del foro.)

ESCENA X.

DICHAS y PEDRO y JUANA, dentro.

JUANA. Dios nos ampare!
PEDRO. Señora.
MARIA. Abrid.
JUANA. Han quitado
la llave.
CLARA. Qué hay?
MARIA. Qué teneis?
JUANA. Ay, señorita!
CLARA. Hablareis?
MARIA. Qué pasa?
PEDRO. Que le han matado.
CLARA y MARIA. Jesus!
PEDRO. Y le traen en peso.
JUANA. Que venga usted, señorita.
MARIA. Mas quién á quién?...
CLARA. Quita, quita!
(Apartándola de la puerta y tapándole la boca
con una mano.)
Vas á preguntarles eso?
MARIA. Así estaremos penando
por los dos
CLARA. Silencio!
MARIA. Sí; (Prestando atencion.)
alguien más viene hacia aquí.
CLARA. Será Luis? Será Fernando?
MARIA. Oyes!
CLARA. La puerta han abierto.
MARIA. Dios piadoso, en tí confío!
CLARA. Oh!
(Luis aparece en la puerta del foro, pálido y
desencajado.)
MARIA. Qué veo!

(Saliendo precipitadamente por la puerta de foro.)

CLARA.

Hermano mio!

(Arrojándose en sus brazos con expresion de alegría.)

Fernando, Fernando ha muerto.

(Con el más profundo dolor y dejándose caer en una silla. Luis se queda inmóvil y profundamente abstraído. Pansa.)

ESCENA IX.

CLARA y LUIS.

CLARA.

Morir él? Y aun no ha cesado mi corazon de latir?

Pues qué, puedo yo vivir sin mi dueño idolatrado?

Por qué estás pálido y yerto?

(Asiéndole de una mano.)

Qué te pasa?... Escucha... Mira.

Que le has matado? Mentiral

Tú si que pareces muerto.

Habla: qué debo temer?

Di: qué has hecho de tu hermano?

Será verdad que esta mano?...

(Soltando con horror la mano que le tien asida.)

LUIS.

Si no lo puedo creer!

Era la ofensa evidente;

cegaba yo de coraje;

estábamos en paraje

para el duelo conveniente;

disparé; caer le ví;

toda mi sangre se heló;

le llamé; no respondió;

trémulo de espanto hui.

Dios eterno!

CLARA.

LUIS.

Solo el llanto puede consolarte ahora.

Llora, desdichada, llora...

Los dos lloraremos tanto!

Quien por odio á su enemigo

- á empresas tales se lanza,
donde piensa hallar venganza
halla su propio castigo.
- CLARA. Clara, Clara, amor fatal!
Hermano: malditos celos!
- LUIS. Haced un milagro, cielos,
y que viva mi rival.
- CLARA. Si aun vive... Si por ventura
no fuese el riesgo tan grave...
Vana esperanza!
- LUIS. Quién sabe?...
- CLARA. Ay, no! Su muerte es segura.
- LUIS. Y tú, Luis?... Qué horrible hazaña!
Tú correr su sangre has hecho?
Tan duro tienes el pecho?
Tan implacable es tu saña?
Quién no te ha de aborrecer,
malvado, cruel, impio?...
- LUIS. Pero hay paciencia, Dios mio,
para oír á esta mujer?
Cuando mi mano homicida
maldigo yo propio; cuando
por la vida de Fernando
diera contento mi vida;
cuando está mi corazón
condenado á eterno duelo,
tú en vez de darme consuelo
acrecientas mi aflicción?
Tú sin tregua has avivado
mi celoso frenesí;
tú hiciste que ardiera en mí
el furor que me ha cegado;
tú me exigiste que en él
nuestras ofensas vengara;
y tú me llamas, tú, Clara,
malvado, impío y cruel?
Sé que á darme tales nombres
derecho tiene cualquiera;
sé que cambiarme pudiera
por el más vil de los hombres;
más tú ciega como yo,
como yo cruel, impía,

tú no aumentes mi agonía,
tú no me culpes, tú no.
CLARA. Quiero verle.
LUIS. Aguarda.
CLARA. Ven.
LUIS. Advierte...
CLARA. Ya nada advierto.
LUIS. Y si le encontramos muerto?
CLARA. Muera yo entonces tambien!
(Van á salir por el foro y entra Antonio. Al ver-
le ámbos, lanzan un grito.)

ESCENA XII.

DICHOS y ANTONIO.

ANTONIO. Os buscaba.
LUIS. Habla.
CLARA. Qué ha sido
de Fernando?
LUIS. Dilo.
CLARA. Si:
vamos.
LUIS. Habla.
CLARA. Pronto.
LUIS. Dí.
ANTONIO. Como estoy tan conmovido...
CLARA. Por qué?
LUIS. La nueva es funesta,
¿verdad?
CLARA. Por qué?
ANTONIO. Lo diré
si ustedes callan.
CLARA. Por qué?
LUIS. No hablas? Responde; contesta.
ANTONIO. Pero...
CLARA. Acabe mi ansiedad.
LUIS. Mitiga nuestro tormento.
CLARA. Usted venia contento.
LUIS. Tú llorabas.
CLARA. La verdad.
LUIS. Ese llanto?...

De conformidad con el censor Excmo. señor
 D. Joaquin Aguirre, puede ponerse en escena este
 drama titulado LA BOLA DE NIEVE.
 Madrid 13 de Mayo de 1856.

EL GOBERNADOR,

Cardero

ESCENA ULTIMA

Que es esto? ¿Alguno el cielo?

No sé qué pasa por mí.

Para entonces, nació, di

que que ha servido ese hueso?

Ella seora, ¿de qué?

Gortamos! ¿de qué?

(Van sobre el foro)

Oh!

¡Fuera impio!

(Patentados)

Hazla dichosa, Dios mío!

(Cayendo de rodillas)

Dios eterno, hazla dichosa!

(Levantando las manos al cielo)

FIN DEL DRAMA

COMISIONADOS PRINCIPALES DE ESTA ADMINISTRACION.

<i>Albacete.</i>	R. S. Perez.	<i>Lorca.</i>	A. Gomez.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcoy.</i>	Paya é hijos.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Mahon.</i>	P. Vincent.
<i>Alicante.</i>	A. Lloret.	<i>Málaga.</i>	J. G. Taboada.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Olona.
<i>Almería.</i>	L. Iribarne.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Andújar.</i>	D. Caracuel.	<i>Mondonedo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	J. Rodriguez Perez.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra.
<i>Avilés.</i>	N. P. Rocandio.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Avilés.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Orihuela.</i>	A. Aguiar.
<i>Baeza.</i>	F. Lopez Moreno.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Barbastro.</i>	G. Cerrales.	<i>Oviedo.</i>	B. Longoria.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra.	<i>Palencia.</i>	G. Gamazon.
<i>Bejar.</i>	M. Ilián.	<i>Palma de Mallorca.</i>	E. Pascual y J. Gelabert.
<i>Bilbao.</i>	T. Astuy.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrena.
<i>Burgos.</i>	T. Arnaiz.	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Cabra.</i>	B. Montoya.	<i>Priego (Córdoba.)</i>	M. P. Moreno.
<i>Cáceres.</i>	J. Valiente.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valderrama.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Puerto-Rico</i>	J. Mestre, de <i>Mayagüez.</i>
<i>Calatayud.</i>	M. Molina.	<i>Reguena.</i>	C. Garcia.
<i>Canarias.</i>	M. Savoie, de <i>Santa Cruz</i>	<i>Reus.</i>	J. B. Vidal.
	<i>de Tenerife.</i>	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
	J. Gonzalez Serrano.	<i>Ronda.</i>	R. Gutierrez.
<i>Carmona.</i>	H. Lozano.	<i>Salamanca.</i>	T. Oliva.
<i>Carolina.</i>	J. Pedreno.	<i>San Fernando.</i>	A. Molinelo.
<i>Cartagena.</i>	J. M. de Soto.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	R. J. Serna.
<i>Castellón.</i>	T. Astuy, de <i>Bilbao.</i>	<i>Santúcar.</i>	J. M. Villar.
<i>Castrourdiales.</i>	J. Bosqui.	<i>San Sebastian.</i>	J. R. Baroja.
<i>Ceuta.</i>	Viuda de Gallego.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Herrero.
<i>Ciudad-Real.</i>	M. Muñoz y Blasco y R.	<i>Santander.</i>	P. Basanero.
<i>Córdoba.</i>	Arroyo	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
	J. Lago.	<i>Segovia.</i>	J. Sancho Pulido.
<i>Coruña.</i>	P. Mariana.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Cuenca.</i>	J. Gudi.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Ecija.</i>	J. Lago, de la <i>Coruña.</i>	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Ferrol.</i>	Viuda de Bosch.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Verston.
<i>Figuerras.</i>	F. Dorca.	<i>Tarragona.</i>	M. Sol.
<i>Gerona.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Teruel.</i>	A. Lázaro.
<i>Gijón.</i>	J. M. Fuenzalida	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
<i>Granada.</i>	F. Sanchez.	<i>Toro.</i>	A. Rodriguez Tejedor.
<i>Guadalajara.</i>	Charlalu y Fernandez.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Habana.</i>	P. Quintana.	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Haro.</i>	R. Belmonte.	<i>Tuy.</i>	M. Martinez de la Cruz.
<i>Huelva.</i>	M. Guillen.	<i>Ubeda.</i>	C. Trevino.
<i>Huesca.</i>	R. Martinez.	<i>Valencia.</i>	F. de P. Navarro.
<i>Irun.</i>	R. Hidalgo y Sanchez.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover.
<i>Jaén.</i>	J. Perez.	<i>Vich.</i>	J. Soler.
<i>Játiva.</i>	F. Alvarez y Compañia,	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Jerez.</i>	<i>de Sevilla.</i>	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	L. Creus.
<i>Leon.</i>	M. Gonzalez Redondo.	<i>Vitoria.</i>	S. Hidalgo.
<i>Lerida.</i>	T. Casals.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
<i>Linares.</i>	R. Carrasco.	<i>Zamora.</i>	M. Conde.
<i>Logroño.</i>	P. Brieba.	<i>Zaragoza.</i>	M. Diaz.

MADRID. Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta*, y de *Moya y Plaza*, calle de Carretas; de *A. Duran*, Carrera de San Gerónimo; de *L. Lopez*, calle del Cármen, y de *M. Escribano* calle del Principe.



MINISTRE DE L'INSTRUCTION PUBLIQUE
DE L'UNIVERSITÉ DE PARIS
LE 10 MARS 1870